



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcon, Arce. Sra. Avellaneda. Sres. Asquerino, Aunon (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnao, Ayala, Alonso (J. B.) Araquistain, Anchorena, Aldasne, Ardanaz, Ariza, Antonio Guerra y Alarcon, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (Marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bregon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Burell, Buzo, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camús, Canalejas, Cañete, Cardozo, Castelar, Castro y Blanco, Gámez del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cesteiro, Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Comenge, Cañamaque, Calcaño, Ducarrete, Diaz (José María), Diaz Perez, Duran, Dague de Rivas, Echevarria, (J. A.) Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, Equiz, Escosuro, Estrella, Eujate, Fabié, Ferrer del Rio Fernandez y Gonzales Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Fermin, Toro, Flores, Figueroa, Figueroa, Augusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Gustavo Baz, Gayangos, Gálvez de Molina (D. Javier), Graells, Jimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güel y Rente, Guelbenzu, Guerrero, Incenga, Harzenbusch, Iriarte, Janer, Jaumeandreu, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lucas Mallada, Lopez Guijarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Machado y Alvarez, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristan), Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Malagarriga, Ochoa, Olacarría, Olavarria y Huarte, Orzas, Ortiz de Pinedo, Olázaola, Pompilio Genar, Palacio, Passa y Latorre, Pasual (D. Agustín) Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poyo, Reinoso, Retes, Revilla, Rios Rosas, Rivera, Riquelme, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aquilera, Sagaminaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Santomé, Selgas, Sepúlveda, Serrano Alcazar, Sellés, Tamayo, Trueta, Tubino, Talero, Ullas, Vialera, Velaz de Medrano Vega, Venturá de I.), Vidart, Wilson (baronesa de) Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramon de) Combarria y España, (D. Eugenio) A costa (D. Juan). Ribot y Fontere, R. Ortiz y Beneyto

PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. Sencillos líneas.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Junio de 1886

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administración y redacción: Valverde 2, primero

SUMARIO

Revista política, por Raguer.—El amor conyugal en el antiguo teatro español, por Jerónimo Boras.—Cuartillas sueltas, por Luis Barthe.—Revolución artística literaria y postergación de la juventud, por Manuel Lorenzo D' Ayot.—Bellas Artes, por José de Siles.—La Luna, por Diego Fallón.—Las traducciones, por Clarín.—Congreso de vinicultores de 1886, por ***.—A Napoleón, por E. Ferrari.—Lecturas españolas, por Natalio Vida.—Quince años, por Luis Rodríguez.—Revista de Madrid, por Antonio Guerra y Alarcón.—Anuncios.

REVISTA POLÍTICA

Los proyectos del ministro de la guerra.—Exposición al Senado sobre el modus vivendi con Inglaterra.—Disolución del parlamento inglés.—La expulsión de los pretendientes.—Discurso de Freycinet.—La votación.—Marcha de los príncipes.

Ni por un momento tenemos que arrepentirnos de la incredulidad, de que tantas veces hemos dado muestras al ocuparnos de las reformas del general Jovellar, tan anunciadas por los diarios oficiosos. Desde luego, y fundándonos solamente en el conocimiento que tenemos de su iniciativa, tan apocada, y de su buena voluntad, tan escasa, desde luego comprendimos que cuando fuesen conocidos, si llegaban a serlo algún día, los proyectos del ministro de la guerra serian un desencanto para los pocos que en ellos hubiesen puesto su confianza.

Nuestros presentimientos se han cumplido. Lo que temíamos se ha realizado.

Ayer el general Jovellar dió lectura en el Congreso, á unos cuantos proyectos de ley en que trata de resolver algunos de los problemas militares pendientes. La obra, como obra al fin de S. E., resulta incompleta, mala, no resuelve nada, deja en pié las mismas necesidades, sin vencer las dificultades mismas que pretende remediar, y no dá satisfacción á una reforma de les unánimemente exigidas por la opi-

nión en el ejército. Sigue la farsa actual: seguimos teniendo, en el papel, muchos miles de hombres en reserva, pero pocos centenares de ellos en disposición de empuñar las armas. Sigue engañándose al país, dándole un ejército grande en realidad, pero insuficiente en la apariencia, y que si le cuesta poco, atendido el coste que hoy tiene un ejército, le cuesta mucho si se considera la escasa utilidad que de su estado tiene derecho a esperar el día que reclame sus esfuerzos.

El proyecto de ley más interesante de los presentados, dentro de la insignificancia en que todos ellos se desarrollan, es el que se refiere á las reservas.

No se trata en él de dar á éstas nueva organización más compatible con las necesidades del país y las exigencias á que deben responder en todo ejército regularmente organizado. Para el general Jovellar, lo mismo que para sus antecesores, las reservas no son más que salidas francas y expeditas para la oficialidad que embaraza las escalas activas, como si éste debiera ser el único punto de vista en que un ministro de la Guerra debiera colocarse. Nada de atender á las reservas como cuadros dispuestos para entrar en campaña en uno de esos momentos angustiosos en que es preciso apelar á todos los recursos, y hacer todos los esfuerzos para defender la honra y asegurar la integridad ó la independencia de la patria.

Nada de cuidar escrupulosamente que, llegado el caso de una movilización, pueda ésta hacerse rápidamente, y puedan los movilizados hallarse, á cualquier hora, en aptitud de corresponder á la confianza de la patria que les encarga su defensa. Nada de preocuparse si esos centenares de miles de hombres que contamos solamente en las listas de revistas anuales, y en el archivo de los batallones, tienen

armas para defenderse, equipos que los vistan, tiendas que los abriguen. Nada de eso. Se amplía indefinidamente la escala de reserva para que los jefes y oficiales que á ella quieran pasar, puedan hacerlo, y dejen más desahogadas sus escalas, y cobren sueldo menor al de su empleo, realizando así esas economías, contra-productores muchas veces, y que siempre redundan en daño del servicio y en perjuicio del país. Si quieren pasar más de los precisos, quedarán excedentes los demás, cobrando sólo la mitad del sueldo. Lo esencial es que pasen muchos, y que cobren poco.

Y es que las reservas; en opinión del general Jovellar, no deben servir para otra cosa. No son, como la ciencia militar nos dice, preparación para el porvenir, sino penitencia forzosa del pasado. Una guerra enseña á todos los ejércitos del mundo medios de armarse y disponer se mejor para lo futuro, y de aquí la organización de las reservas. A nuestros generales una guerra no les enseña nada; sólo que, como requiere aumento de oficiales, les crea para el día siguiente la dificultad de mantenerlos á todos. La creación de nuestras reservas no es para nuestros ilustres Martes, otra cosa que la solución, en lo posible, de esa dificultad. ¡Háblese á estas altas inteligencias del modo de ser de los ejércitos modernos y de las condiciones en que hoy se hace la guerra!

Complemento de esta ampliación de las reservas es otro proyecto de ley que se refiere á los cuadros eventuales y en los cuales tienen cabida los jefes y oficiales retirados, los sargentos que desempeñan destinos civiles y los soldados de la reserva que se declaren aptos para el empleo de alférez, proyecto más absurdo todavía: 1.º, porque supone en los retirados condiciones de salud y edad, que, de existir, deben mantenerles en el servicio activo;

2.º, porque puede darse el caso de que en un día dado se abandone gran parte de destinos con grave perjuicio para la marcha ordenada de la Administración; 3.º, porque ya la práctica ha notado los inconvenientes de imbricar oficiales, sacándolos de la clase de paisanos. Y todos estos inconvenientes acrecen sólo con considerar que estas tropas han de ser tropas de refresco, y que constituyan la esperanza de la patria en un momento de peligro.

A esto se reducen las cacareadas reformas que el general Jovellar piensa llevar á cabo en el ejército.

La asociación de agricultores de España ha elevado al Senado una exposición sobre el *modus vivendi* concertado con Inglaterra, en la que, dando por indudable que ha de producir aumento de transacciones, cree, sin embargo, que los intereses de la nación no saldrán muy favorecidos, pues serán mayores las importaciones que las exportaciones; lo que en economía política significa empobrecimiento del país. Las consideraciones en que se extiende sobre este punto son muy dignas de tenerse en cuenta.

Opina la Asociación y demuestra, que es un error suponer que el aumento de las importaciones se saldará con el valor del vino exportado á consecuencia del convenio. Los vinos de pasto españoles, encabezados forzosamente para poderse exportar, llegan á los 26 grados Sykes; de modo que el aumento hasta los 30 grados, conseguido por el convenio, en nada les favorece, puesto que seguirán pagando á su entrada en Inglaterra lo mismo que hasta ahora, y por lo tanto, no hay que suponer aumento en su exportación. Nuestros vinos generosos, sin necesidad de ser encabezados, pasan generalmente de los 30 grados Sykes; siguen, pues, pagando, como hoy, dos y medio chelines por gallon: tampoco ellos, por consiguiente, han de aumentar la exportación, y los únicos á quienes favorece el convenio, es decir, los comprendidos entre los 26 y 30 grados Sykes, son tan escasos que en nada han de afectar al movimiento comercial de nuestros vinos en el mercado inglés. Para conseguir un verdadero beneficio sería necesario que sólo pagasen medio chelín por gallon los vinos que no pasaran de los 20 grados Sykes, un chelín los de 26 á 34 y dos y medio chelines los de 34 en adelante.

Quien sale ganando con el *modus vivendi* es Italia, así como Portugal y Austria Ungría; pues sus vinos beneficiarán el trato de nación favorecida, sin tener que rebajar derechos en cambio, á los productos ingleses que importen.

Además, queda por explicar todavía la exclusión de los vinos embotellados, de la venta hasta los 30 grados Sykes, y si nuestras provincias Ultramarinas tienen ó no el mismo derecho que las colonias británicas de renunciar al tratado al año de ponerse éste en vigor.

Por todas estas consideraciones, el Consejo de la Asociación propone al Senado que establezca para aprobar definitivamente el convenio con la Gran-Bretaña, lo siguiente:

- 1.º Que los vinos hasta 26 grados Sykes, paguen medio chelín por gallon.
- 2.º Que los comprendidos entre 26 y 34 grados paguen un chelín.
- 3.º Que los superiores á 34 grados, sin excluir los embotellados, paguen, como hoy, dos y medio chelines por gallon.
- 4.º Que se facilite en Inglaterra la instalación de almacenes, bodegas, cantinas, etc., en que se expendan al por mayor y menor los vinos españoles.

5.º Que si las colonias inglesas no se incluyen en el tratado, tampoco lo sean las provincias y posesiones españolas de Ultramar.

Dado lo expuesto anteriormente, nuestros lectores comprenderán con facilidad la justicia de las pretensiones con que la Asociación de agricultores de España, sale á la defensa de los intereses del país, é indudablemente serán tomadas en consideración por el Senado, si tiene en cuenta, aparte de la conveniencia y la equidad, que los ingleses son muy prácticos en los asuntos mercantiles, y que nosotros debemos ser más cautos que hasta ahora en adquirir

compromisos ineludibles, cuyas consecuencias pudiéramos llorar mañana.

Si esto se consigue, la Asociación de agricultores de España habrá prestado un verdadero servicio á su país.

La derrota sufrida por el gabinete liberal presidido por Gladstone, al presentar á la Cámara las reformas que éste cree necesarias en Irlanda puso sobre el tapete una cuestión constitucional. ¿Qué haría la Reina? ¿Pediría la dimisión del ministerio? O por el contrario, ¿firmaría el decreto de disolución del Parlamento?

Pasados algunos días, el telégrafo nos comunicó la decisión de la soberana inglesa, que se decidía en el segundo sentido; por creer sin duda necesarias para Irlanda las reformas que el gabinete liberal propuso.

El discurso que en nombre de la reina Victoria, leyó el lord canciller en ambas Cámaras la noche del 26, está concebido en estos términos:

«Milores y señores:

He resuelto relevaros de vuestras funciones antes del término de vuestros trabajos en esta legislatura, con el fin de asegurarme de los sentimientos de mi pueblo, en lo que se refieren á la importante proposición que tiene por objeto establecer un cuerpo legislativo en Irlanda, al que deben someterse los asuntos de la administración de este país, distintos á los de Inglaterra.

Por este motivo tengo la intención de disolver inmediatamente el Parlamento actual.

Continúo felizmente teniendo las más cordiales relaciones con todas las potencias extranjeras.

Tengo la satisfacción de anunciaros que las operaciones militares de Servia contra Bulgaria han terminado gracias á los prudentes consejos de las potencias y á la abstención del Sultán, y que despues de un periodo de ansiedad, han sido tomadas en consideración por Grecia los buenos consejos que se la daban, que han dado por resultado el desarme, y por tanto, han desaparecido los graves peligros que amenazaban la paz de la Europa central.

El estado de cosas en Egipto ha mejorado, y yo he podido reducir notablemente mis fuerzas militares en aquel país, trasladándolas á los límites meridionales, propiamente dichos de Egipto.

He llevado á cabo con el gobierno español un convenio, que si es aprobado por las Cortes, aumentará, así lo creo, nuestras relaciones comerciales con este país y fomentará la importación de los vinos coloniales.

He experimentado un vivo placer fomentando la exposición de los productos de la industria y las artes de mi imperio colonial é indiano, que actualmente se celebra en esta Metrópoli.

Creo que esta empresa, y el vivo interés que el pueblo inglés demuestra por esta exposición, prueban una vez más las simpatías que unen las diferentes partes del imperio, y contribuyen á favorecer y fortificar esta simpatía.

Señores de la Cámara de los Comunes: Yo os agradezco los auxilios que me habeis prestado tan generosamente para hacer frente á las necesidades de los servicios públicos, hasta que un nuevo Parlamento tenga ocasión de completar los créditos necesarios para todo el servicio del año.

Milores y señores: Con grande satisfacción he dado mi asentimiento al *bill* que se refiere á los campesinos de Escocia, al *bill* que servirá para introducir importantes reformas en la profesión médica, y al *bill* relativo á la guardia y tutela de los niños.

He dado mi aprobación á un *bill*, introduciendo en la ley relativa al derecho internacional, modificaciones necesarias para permitir á este país entrar en la Unión internacional del derecho de reproducción que vá á ser firmado en Berna. En este *bill* se ha tenido en cuenta la utilidad de conferir á los escritores de las colonias y de la India los beneficios del derecho de reproducción aplicados uniformemente á todas las regiones de mi imperio.

Por último, hago votos sinceros para que

el Parlamento que se encuentra en vísperas de ser elegido, se inspire en el deseo de trabajar por la paz, la felicidad y el bienestar de mi pueblo, lo mismo que por la potencia y la unión del imperio.

El telégrafo ha dado cuenta de la última sesión celebrada por el Senado de la República Francesa. En ella se aprobó el proyecto votado por la Cámara, despues de un discurso pronunciado por Freycinet. De éste y de la votación darémos una idea con arreglo á los periódicos de París que ayer hemos recibido.

Mr. de Freycinet: Se han opuesto al proyecto razones de principio y de derecho. La razón de principios consiste en asegurar que el proyecto atenta á los de la justicia, que todo gobierno debe respetar. La historia demuestra que esta aseveración es inexacta.

Se os ha citado la proscripción de los Bonaparte por los Borbones, de los Borbones por los Orleans, de los Orleans por la República de 1848.

En 1832, el principio que hoy defendemos, fué defendido por Remusat, Thiers, Guizot, de Broglie y Dupin. No hay gobierno serio que pueda soportar, decía Thiers, la personificación y la esperanza de otro gobierno que aspira á sustituirle y hace penetrar en la nación la idea de que el poder establecido goza de vida débil y precaria.

Yo no niego el derecho que tienen los monárquicos á trabajar por la realización de sus esperanzas; pero el día en que los príncipes quieran tomar esa actitud, hagan lo que hizo el conde de Chambord, es decir, salgan de Francia.

Voy á las objeciones de hecho.

Se nos objeta que el alejamiento de los príncipes no nos librará de los comités, de las asociaciones de todo género que trabajan por derribar al gobierno. Para resistir á ese empuje urge la unión del partido republicano, que se ha dividido demasiado pronto. No debe haber dos partidos republicanos que se disputen el poder, en tanto exista otro tercero que se propone aprovechar sus divisiones para derribar la República. Preciso es, pues, que esas divisiones desaparezcan.

Yo he tomado la iniciativa en este proyecto, como os prometí para el caso de que lo creyese necesario. Dícesenos que hemos reservado toda nuestra benevolencia para los partidos extremos. Que se nos cite un hecho. Al contrario, hemos desplegado contra ellos la mayor energía. Jamás se ha sostenido el orden con más vigor.

M. Paris: ¿En Decazeville también?

M. Freycinet: Sobre todo en Decazeville. ¿Hemos sentido en Francia la repercusión de cuanto ha ocurrido en el extranjero? ¿Se han reproducido aquí las turbulencias de Bélgica y de Inglaterra? Nos sometemos al juicio del Senado en lo que concierne á la vigilancia, á la energía necesaria para el mantenimiento del orden. Jamás el gobierno ha faltado á este deber. Por el honor de la República, jamás, jamás pactaremos con el desorden. (Aprobación en la izquierda.)

La historia ha consagrado las medidas de expulsión. No sólo en la monarquía, sino que también bajo la República, se han cometido frecuentemente esas infracciones del derecho común.

Cuando los príncipes entraron en Francia y fueron admitidos en la Asamblea, se convino provisionalmente no usarían de su derecho; ¿es este un regular, es este un acto de derecho común? Y cuando habeis arrebatado á los príncipes los mandos militares, ¿no habeis llevado á cabo un acto contrario al derecho común? Y sin embargo, hubo en el Parlamento grande mayoría que lo aprobase.

Y en fin, ¿no ha decidido un Congreso que ninguno de los príncipes podía ser elegido para el puesto de presidente de la República?

Trátase de personas colocadas en situación excepcional. Cuando hayan pasado las circunstancias actuales que les colocan en esa situación, entrarán en el derecho común.

No temais que puedan ser heridas por la

proscripción otras clases de ciudadanos, que no tienen relación alguna con los príncipes, porque éstos llevan consigo una cualidad que ningún otro ciudadano puede reclamar como suya. (Muy bien, muy bien.)

En cuanto a las leyes de confiscación, yo las rechazo, y conmigo la inmensa mayoría del Senado.

M. de Presensé.—¿Y vuestros sucesores?

M. Freycinet.—No puedo responder de mis sucesores. (Risas.) Harto haré con responder de mí propio. (Risas.)

El conde de Treveneux.—Abrís la puerta á todas las violencias.

M. Freycinet.—No hay relación alguna entre la medida que vais á acordar y otras semejantes.

Señores: podemos estar en desacuerdo en otras cuestiones, pero no en aquella, de la cual depende la defensa de la República. Los más moderados, los más radicales, deben unirse para esto.

El orador termina excitando á la mayoría á votar el decreto.

M. Freycinet es felicitado y vivamente aplaudido.

La votación fué secreta por bolas blancas y negras, como pidieron las derechas. Lo que en ella pasó, mejor que por el extracto frío y minucioso, puede verse por la brillante reseña que hace Mr. E. Durranc en *La Justice*:

«Ayer á las ocho, dice, se abría una puerta del hemisclero y se veía entrar tendido en una camilla á uno de los generales cuyo nombre oye siempre Francia republicana con gratitud y respecto.

Es el general Faidherbe.

¿Habéis visto seguramente su fisonomía grave, algo triste dejando adivinar detrás de sus anteojos al hombre de ciencia, que es á la vez el hombre del deber austero? El ejército del Norte en 1870 le debe su buen nombre.

Más tarde ha sido uno de los pocos generales, cuyo recuerdo ha consolado á Francia en sus derrotas.

El general Faidherbe, presencia hoy la lenta destrucción de su cuerpo: las fatigas, la guerra, el Senegal han rendido á ese valiente á quien la República agradecida ha dado una bella recompensa y un merecido descanso en la Cancillería de la Legión de Honor.

Ayer se hizo llevar al Senado, y en un corredor, tendido en su litera, esperó pacientemente que se le llamara.

Hay muchos precedentes de que, en semejante caso, el presidente consulte al Senado y le pregunte si permite que un secretario vaya á recoger el voto de un senador enfermo. Nunca lo negó el Senado.

«Ayer, de pronto, gritos odiosos y protestas salvajes surgieron de los bancos de la derecha. Fué una escena repugnante.

Si—sépalos Francia—hay franceses que han exigido, han aceptado que ese viejo servidor de la patria, el glorioso comandante del ejército del Norte, el gran Canciller de la Legión de Honor, tendido y llevado en una litera, subiese á la tribuna para depositar en ella su voto.

Yo no he visto nada más trágico ni más conmovedor que esa escena, en la sala del Luxemburgo, bañada en las tinieblas del crepúsculo.

—¡Viva Faidherbe! ¡Viva la República!—gritó la izquierda, cuando el triste grupo del general y los que le llevaban subía la escalera de la tribuna.

Y los aplausos sucedían á los aplausos y las aclamaciones á las aclamaciones.

Y viendo pasar sombra tan venerable por la tribuna, en su glorioso jefe, en el vencedor de Bapaume, se saludaba al ejército del Norte, que después de haber defendido heroicamente á la patria, parecía que ayer volvía á defender la República.

Fué el discurso más elocuente de ayer tarde, discurso de esa sombra muda, á la cual se ha obligado á reaparecer, como para despertar todos los recuerdos de 1870.

¿Qué! Esta República que lo ha rehecho todo en este país arruinado por la monarquía,

que ha reconstituido el ejército, la Hacienda, la administración, el crédito, ¿ha de verse hoy detenida por una miserable cuestión de príncipes y de intrigantes, que quieren rehacer su fortuna privada sobre los restos de la pública?

En resumen: la ley de expulsión ha sido votada en el Senado por 141 votos contra 107. Felicitamos á Francia.

Aunque la ley no concede más que un día de plazo á los expulsados del territorio francés para disponer su marcha, caso de hallarse en París, el gobierno, que no notificó legalmente á los príncipes la determinación que las Cámaras habían votado contra ellos, envió á Mr. Laze, secretario general de la Prefectura de la policía, y á Mr. Levallant, director de seguridad general, con orden de que se avisasen con los Bonapartes y el conde de Paris y les manifestasen que el gobierno estaba dispuesto á concederles el plazo que necesitasen para hacer sus preparativos de marcha, siempre que no los empleasen en organizar una manifestación.

Dos servidores apostados en las inmediaciones del hotel que habita el príncipe Victor, reciben á los partidarios que llegan sin interrupción. «Entrad, señores, entrad,—dicen á los que se detienen—S. A. reciba á todos.»

Los que entran, perciben un fuerte olor á ácido fénico. Primero, se encuentran un gran salón que sirve de Biblioteca. Sobre la chimenea, un gran busto de Napoleón I entre dos lámparas de petróleo. Por todas partes panoplias, cascos, chassepots; la espada del rey Jerónimo y otra que ha pertenecido á Napoleón III. ¿Será la de Sedán?

En un segundo salón está Victor Bonaparte, de pie, bajo un retrato de Napoleón I, rodeado de algunos de sus más fieles adeptos. Estrecha la mano de los que le saludan, y dice á todos: «Gracias hermano.»

Nótanse algunas señoras y algunos curas en la concurrencia. La salida es difícil, porque parece que los criados tienen la consigna de retener en los salones del príncipe al mayor número de visitantes. De cuando en cuando murmuran: «S. A. va á hablar. No tendreis que esperar mucho.» Se forman grupos en los rincones. Se habla.

—No hay que dejar que se enfrie este entusiasmo, dice á un vecino suyo un caballero que lleva un águila de níquel en la corbata. Hay que organizar peregrinaciones. ¿No podría usted preparar una en la Dordogna? Allí tenemos muchos partidarios.

—¡Pché!—contesta el caballero natural de la Dordogna.—¡Seguramente!... Pero... Ya sabeis... la Dordogna está tan lejos... El viaje es tan costoso...

—¡Bah! Las compañías harán rebaja de precio.

Algunos fieles no se contentan con estrechar una vez la mano del príncipe. Se mezclan á otros recién venidos y desfilan, dos, tres veces... A la salida, un caballero muy bien vestido, insiste en que todos debían dar un franco para comprar un ramo, que se entregaría al príncipe en el momento de la partida.

A las cinco y media, Mr. Victor Bonaparte, sale del hotel. Gritos numerosos de ¡Viva el emperador! Gritos, mucho más numerosos aún, y á la misma puerta del hotel ¡Viva la República!

Antes de salir el príncipe pronunció en efecto un breve discurso, cuya esencia es como sigue:

«Señores; no esperéis de mí que proteste contra la medida que acaba de tomar conmigo un gobierno que proscribió por que es impotente para gobernar.

El pueblo se encarga muchas veces de abrir las puertas del destierro. Yo sigo siendo el representante del Imperio, tal como le crearon Napoleón I y Napoleón III, tal como le quería el príncipe que todos lloramos. Quiero una autoridad fuerte, igualdad para todos los ciudadanos, respeto para todas las creencias. Estad convencidos de que, cualesquiera que sean los deberes que cumplir, jamás faltaré á lo que debo á la democracia y á mi nombre.

Hasta la vista, señores.»

En la estación del Norte mucha gente. Se ven algunas cabezas que harían las delicias de un caricaturista. La concurrencia parece muy dividida. Oyéndose gritos más diversos, cruzándose en el tumulto de la partida.—¡Hasta muy pronto!—¡Que sea lo más tarde posible!—¡Hasta la vista!—¡No os apresureis!—¡Viva el emperador!—¡Viva la República!—Hay que notar algunos apretones y unos cuantos arrestos. En el andén un centenar de fieles y curiosos. En cambio, hay muchos *reporters*. El príncipe está de pie en un salón-wagón, rodeado de algunos diputados. Los cristales de las ventanillas permanecen herméticamente cerrados. Por fin suena la campana. Saludos, nuevos gritos, nuevos arrestos. El príncipe ha partido.

¿Y el ramo para el que se pedía un franco en el hotel de la calle de Monceau?

El príncipe Victor ha recibido un ramo en el andén, pero se lo ha traído una dama vestida de negro, de edad casi respetable, y que, muy conmovida, le ha entregado por sí misma este recuerdo de simpatía á su persona. ¿Dónde está, pues, el otro ramo?

El príncipe Jerónimo salió de París, con dirección á Ginebra por la estación de Lyon.

Iba acompañado de algunos adeptos. El prefecto de policía asistió á su marcha. Guardias municipales impedían la entrada á los pocos centenares de curiosos que habían bajado á la estación de Lyon.

No se ha producido manifestación alguna, ni se ha hecho oír ningún grito.

Se había dado orden de no dejar pasar á las salas de espera ni al andén sino á las personas provistas de billetes; así, algunos periodistas que quisieron presenciar los últimos detalles de la partida, tuvieron que tomar billetes para la primera estación.

A las nueve y cuarto, un timbre eléctrico da la señal de que se cierran las portezuelas. El príncipe entra en el wagón con algunos de los amigos que le han acompañado. A las nueve y veinte minutos, suena el silbato, la locomotora se mueve y pronto se pierde de vista el tren.

Fuera, los curiosos, han desaparecido poco á poco; no quedan allí más que los agentes, cuya tarea no ha sido, en verdad, muy penosa; el héroe de la tarde no inspira simpatías bastante vivas para que su partida definitiva produjese grandes apreturas.

RAGUER.

EL AMOR CONYUGAL

EN EL TEATRO ANTIGUO ESPAÑOL.

El amor en el teatro antiguo, cualesquiera que sean sus excepciones, derivadas de la indole ruin de los personajes ó de la disposición particular de la trama, tenía por punto de mira, por aspiración general y por desenlace artístico, la honesta solución del matrimonio. Alguna vez no venía este aparejado en la forma en que al fin se verificaba; pero de esta ó de la otra manera, se verificaba casi siempre. O en los seductores descreídos retornaba el mal guardado amor; ó el honor del caballero suplica al honor del amante; ó fuerza mayor se interponía con éxito; ó los caracteres anti-téticos se fundían ó homogeneizaban en el teatro, ó alguna causa externa completaba los antecedentes dramáticos. Ello es que las almas errantes se reducían y fijaban en la órbita de un enlace afortunado.

Esta era la suerte de los personajes; y tan raras eran las excepciones, que se ha tenido siempre por cosa extraña el que la comedia de Quevedo *Quien más miente medra más* (perdida según se cree), concluyera sin boda.

Leiva en su *Dama Presidente* indica lo universal de la costumbre contraria en estos versos:

Si es comedia, acabará
en casarse, como todas.

Cervantes alude á esto mismo en una suya de capa y espada, en que dice al final:

Esto en este cuarto pasa:
los unos por no querer,
los otros por no poder,
al fin ninguno se casa.
De esta verdad conocida
pido me den testimonio:
que acaba sin matrimonio
la comedia *Entretenida*

Antonio Hurtado de Mendoza viene á indicar lo propio en el epigramático remate de *El marido hace mujer*.

Esta comedia,
de las buenas al revés,
tiene vicario y no cura;
pero no le negareis,
pues acaba en descasarse,
que esta farsa acaba bien.

Esta comedia, dicho sea de paso, es una excepción de las excepciones; y sorpréndese mucho el lector cuando, al deducir por el título de ella, que no va á ser una obra trágica y del corte de las de Calderón, se halla de buenas á primeras con que la inauguran dos matrimonios recién efectuados. Involuntariamente se pregunta uno: ¿Qué va á ser esta obra, si ha de ser del teatro antiguo? Y en efecto, lo que hay es una comedia aparte de las demás, con el mismo pensamiento y propósito que la *Escuela de los maridos*, pero con dificultades superiores como las de *El viejo y la niña*, y con circunstancias en general diversas. Leonor, que era arriscada y nada honesta, se rinde á la noble confianza de su esposo Juan, y en cambio Juana, que era temerosa y prudente, se malea y pervierte, impulsada por las exigencias de Sancho. El consejo que habia dado á los dos novios el anciano E. Fernando, á guisa de epístola de San Pablo, habia sido (muy profundamente, dicho), el siguiente:

Y vos, Don Sancho y Don Juan,
estad cada uno advertido,
que el entrar á ser marido
no es salir de ser galán.
Sufrir todos, es el modo
más cuerdo y de más disculpas;
ellos todo si no es culpas,
ellas las culpas y todo.

Constituidos en sociedad conyugal, eran ejemplares esposos los que no siempre habian sido muy afianzados amantes. Los hombres, sobre todo, sea porque ellos, como más reflexivos é inteligentes, penetrase más la santidad de aquel estado, sea porque, celosísimos de su honra, no quisieran dar ni una sombra de pretexto á la mujer para que faltara á sus deberes, eran modelos de lealtad. En nada afectan á esta regla excepciones como la de ciertas comedias históricas, que por lo que tengan de tales y por la alteza de los personajes, forman círculo aparte en el teatro antiguo; por ejemplo: *La corona mercedada*, en donde Alfonso VIII requiere á Sol de amores con menosprecio de la reina, y aquella sin par mujer se abrasa el cuello, pecho y brazos para apagar la llama impura de su amante; *La rueda de la fortuna*, en donde el emperador Mauricio quiere á Mitilene y arrastra por el suelo á la emperatriz, y *La judía de Toledo*, en donde el rey vive siete años encerrado con Raquel, de quien se habia enamorado por verla en el baño: origen de amor sobrado lúbrico y un tanto pagano, aunque no llegue al delirio del emperador Justiniano, que casó con la saltatriz Teodora, á quien vió bailar desnuda anteel público, ni mucho menos á la procacidad de Safo, que se enamoró de Faon, igualmente desnudo; cosa tanto más abominable, cuanto es todavía más augusta que la majestad de un imperio, la del pudor de una mujer.

Los hombres, pues, como decíamos, eran buenos esposos; y aunque no pudieran ni debieran consagrarse solamente á sus cuidados domésticos, guardaban para el hogar lo más apacible de su carácter.

En este pecho
se ocultan dos corazones;
el uno de blanda cera,
el otro de duro bronce;
el blando para mi casa,
el duro para estos montes,

como decía *García del Castañar*. Pero aunque no procediesen tan fielmente, no por eso se turbaba el bienestar social ni venía á resentirse la más elevada de sus instituciones; pues las faltas del marido en este punto nunca imprimieron carácter en el honor conyugal.

No eran, pues, del resorte de aquella escena los pecados veniales ó mortales que contra la pureza del matrimonio se cometieran, si se cometían, por los hombres y así es que estos no figuraban con ese concepto en el teatro de Lope. Se trata no más de las mujeres.

Si en ellas era ó no frecuente la infidelidad, no acertaremos á afirmarlo; pero en Lope de seguro no lo era y aún en Calderón tampoco. Los disgustos caseros, por lo que tienen sin duda de prosaicos, ó quizás por lo que tienen de serios, se despegaban del sibaritismo literario antiguo; y sólo cuando la sangre les daba sabor trágico, es cuando tomaban color dramático y se utilizaban como argumentos teatrales.

En algunas ocasiones los celos se disipaban ante la realidad inocente, y eran además absorbidos por el enredo principal como accesorios suyos; por ejemplo, en *Amar por razón de Estado*, en donde el duque de Cleves los concibe de su esposa; pero llega á convencerse de que lo que ésta habia hecho fué proteger estos amores. En otras no asoma sino una como inquietud, un cosquilleo del honor, demasiado sencillo ó nervioso, y sucede que el encelado tiene miedo de creerse y confesarse tal, y hasta se dá él á sí mismo seguridades envueltas en temores: véanse un par de pensamientos de Calderón que indican esto mismo:

Mas dí si es cordura ó no
que, siendo tu esposa yo,
que tienes celos me digas.

—¡Anoche tantos temores
y hoy tantas seguridades!
—Sí, que anoche amante era,
y hoy soy esposo y amante.

Esto acontecía en general, ó aun lo que más regularmente acontecía era dejar en paz á los matrimonios, y que se las hubiesen como Dios les ayudare, porque si se tomase á la letra lo que decía Lope (por decir algo) en *Los milagros del desprecio*,

Y mujer que tuvo amores
No es buena para casada,
Que de la vida pasada
Le quedan los borradores;

con cuya idea está en armonía la ingeniosa de Descuret, de que «el hombre exige de la mujer el primer amor, y la mujer del hombre el último;» las damas del teatro antiguo se quedarán para perpetua soltería, y no tuviéramos ni buenas ni malas casadas en la escena.

Conviniendo, pues, en que las puridades matrimoniales no acostumbraban á descubrirse en la escena, hay que convenir á su turno en que, si á la escena subían, era para ostentarse bajo su aspecto sombrío y en relación con el honor más puntilloso; y así cuando nos vemos desde la exposición de una comedia antigua en pleno matrimonio, ya parece que aspiramos viento de tempestad; ya parece que disponemos el ánimo y la atención á sucesos trágicos desemejantes de los que por costumbre y por sistema nos ofrece aquel teatro.

En nuestra inclinación á tirar líneas divisorias y á formar las genealógicas con el fin de establecer la separación debida, entre casos diversos, tenemos que discernir dos variedades de este linaje de dramas trágicos: la una en que la inocencia averiguada de la esposa, aleja de ella el castigo que parecía amargarla, y la otra en que una falta, aun la más leve, es castigada con el máximo rigor.

En el primero de estos casos, ó la venganza se detenía á las gradas del trono, ó se desarrollaba con violencia y sin respeto á la elevación de clases contra el ofensor, que era comúnmente algun supuesto de gran categoría. Esto se verifica en *García del Castañar*, cuyos pormenores son bien conocidos, en *Peribañez* y *El comendador de Ocaña*, en que aquel mata á éste al frente de cien labradores:

(Si en quitarme el honor piensa,
Quitaréle yo la vida,

Que la ofensa acometida
Ya tiene fuerza de ofensa;)

En *Cada cual a su negocio*, donde las cosas no pasan muy adelante, porque Beatriz desaira á tiempo al rey de Zaragoza; en *Gustos y disgustos*, que ofrece el espectáculo un poco excepcional de reñir D. Vicente Fox con el Rey de Aragon, éste amante y aquel esposo «secreto» de Violante.

En el segundo de aquellos casos, la esposa perjura, el osado amante, todos son víctimas de la furia del honor ultrajado. Basta una sospecha, un indicio, una tentativa, una apariencia; el honor necesita víctimas siempre; es una divinidad irritada.

Si en esta insistencia de algunos dramáticos y en esta ferocidad y frialdad que tan reciamente han impugnado los críticos extranjeros habia algo más que un propósito moral, fuerza es suponer que las malas costumbres de aquella época exigían muy fuerte cauterio ó muy enérgicas moxas, cuando tales y tan generales escarmientos se aplicaban á faltas con frecuencia disculpables. Allí no se conocían más terminos que los que usaban los escitas y getas al decir de Horacio:

Et peccare nefas, aut pretium est mori.

Todos los poetas dramáticos publicaron ese aforismo del honor, generalmente aplicado al amor.

El honor
Es de materia tan frágil;
Qua con una acción se quiebra
O se mancha con el aire.

(*Vida es sueño.*)

Porque el honor que se lava,
Con sangre se ha de lavar.

(*Mocedades del Cid.*)

Que las manchas del honor
Las saca el valor con sangre.

(*Donde hay agravios.*)

Esto era hasta popular; porque para nosotros, popular es (ó archivo de pensamientos populares) *El Romancero*, el cual decía:

Que la ofensa ha de lavarse
Con sangre del que la hizo,

sin exceptuarse (claro es) ántes comprendiéndose muy de lleno á la mujer en estas venganzas, por más que en la Crónica de Alfonso el Sabio se dijera: *Ca non hay prez ninguno de caballería en mostrar su poder en mujeres que son tan febre cosa.*

Y adviértase que ese rigor se ejercía sin reprobación de nadie y sin que diera lugar á posteriores venganzas de familia; y eso aunque la crueldad tuviera todos sus puntos, y aunque fuera muy evidente la inocencia de la víctima. En *El pintor de su deshonra*, de Calderón, no comete falta alguna aquella pobre esposa, ni sucede más sino el ser ella amada; pero la sacrifica su esposo y se lo aprueban los parientes de él y de ella; en *El médico de su honra*, Nencia, que no condesciende con el amor de Enrique de Trastámara; que le intima no vuelva á molestarla, y que se ostenta inocente á su esposo, el cual la oye fingiéndose Enrique, es, sin embargo, asesinada con una sangría suelta, y luego D. Gutierre dá su mano á Leonor, la cual entra en aquella sociedad conyugal, suscribiendo á la condición que acaba de ver realizada en su infortunada antecesora.

No desentrañaremos ese grupo de obras trágicas que se fundan en la restauración del honor perdido ó peligrado, por medio del único específico, de la muerte; pero sin citar (porque no llega á tanto extremo) *El García del Castañar*, ni menos (porque no pertenece á este círculo de obras) *El porfiar hasta morir*, en donde Lope traza el fin lastimoso de Macías, ni tampoco (por otras causas) *El mayor monstruo los celos*, en donde el Tetrarca de Jerusalem manda matar á Mariene, y al cabo se arroja al mar, despues de haberle dado muerte por equivocación, motivo de unos celos póstumos ó de ultratumba, nacidos de su gran amor; sin tratar (decimos) de estas ni de otras obras, no podemos pasar por alto dos muy notables; tanto por lo que ellas valen y significan en sí mis-

mas, cuanto por ser de los más grandes autores del teatro antiguo, del alfa y el omega, de Lope y de Calderón.

Es la primera *El castigo sin venganza*, que por ciertos inconvenientes sólo se representó una noche, perdejando muchos aficionados de ella, por lo cual se imprimió aparte; supónese que aludía á la muerte del príncipe Carlos, hijo de D. Felipe, lo cual, de ser cierto, aclararía mucho aquel misterio histórico por el gran valor que había de darse al testimonio de Lope, autor punto menos que contemporáneo y muy al alcance de los secretos de la corte.

El duque de Ferrara confía á Federico, su hijo bastardo, la delicada ocasión de ir á recibirle su desposada Casandra: en el camino tiene aquel mancebo la comisión y el gusto de salvarla de la corriente de un río; y la inclinación que de esto nace, combinada con la conducta del príncipe, antes y después de casado, establecen ó cohesionan un amor íntimo que se desarrolla más en la ausencia del duque, á quien el Papa llama á Roma. Restituido á Florencia á los tres meses con los honores del triunfo y un poco vuelto en sí de sus bellaquerías, Casandra se inclina á la fuga, y Federico, más prudente, opta por solicitar la mano de Aurora; pero su amante, que ha entrado en el período mujeril de la demencia, se opone á este plan y aún amenaza descubrirlo todo. El duque, entre los memoriales, recibe una denuncia de lo que está pasando, y la venganza que dispone es que Federico mate á un reo de Estado con el rostro cubierto, el cual resulta ser Casandra, y luego él sea muerto por haber asesinado á la duquesa.

La tragedia está escrita (á pesar de este título) tan al estilo nuevo, que empieza por una escena jocosa y aún bufona; va impresa con un prólogo muy breve, pero que dice mucho bueno; se funda en una historia de más de dos siglos de antigüedad que había corrido muchos idiomas; pero que debió parecer (si ya no lo fué de veras) una alusión á la muerte del príncipe Carlos, según sospecha Lista; y fué prohibida, sea por esto, sea por el colorido repugnante con que fué irrespetuosamente pintado el duque de Ferrara, lo cual nos recuerda la prohibición de que ha sido constante objeto *El rey se divierte*. Pero lo que á nosotros más nos interesa por acercarse más á la materia de que estamos tratando, es la suerte de venganza secreta que allí se toma para que el honor no padezca; porque (como allí mismo se dice)

Quien en público castiga
Dos veces su honor infama:
Pues después que lo ha perdido
Por el mundo lo dilata.

Parecido es el pensamieto de *A secreto agravio secreta venganza*, tragi-comedia también histórica, ó digamos anecdótica, en que todo lo que se procura es también ocultar el desagravio para que no arguya el agravio. Lope de Almeida ha casado con Leonor. Alegando antiguas correspondencias, viene forastero D. Luis: en el honor de la esposa ya no es posible favorecerle; en el buen sentido de él ya no hay otra exigencia sino la de una satisfacción al alma para llevarla en su corazón á los campos de Flandes.

Todo esto no era mucho y podía la moralidad consentir una palabra dulce para evitar una horrenda catástrofe; pero Lope se presenta y aunque Luis alega haber entrado allí acosado por tres enemigos, el marido incuba en el acto un doble plan: fingirse satisfecho, y prepararse á la venganza. La que toma, es dar muerte á Luis en el mar y hundirle en él, de modo que todo remede á ser casual, y matar á su esposa dando fuego al palacio para que semeje ser un desgraciado accidente.

Ya se ve que aquí no estamos en los, por la misericordia de Dios, presentes tiempos de *Jugar por tabla*, en donde á mayores desafueros que los de *A secreto agravio*, se ponen más suaves y cristianos remedios. Tampoco estamos en los de aquel Lopez Vazquez de Acuña que, porque D. Pedro el Cruel de Portugal le había quitado su esposa, anduvo huido en Castilla con unos cuernecitos de plata en la gorra como por divisa y blason (según dice

Mariana), rasgo de sublime locura sino de venganza contra el Rey, que pinta el temple singular y á su manera de aquellos hombres. Estamos en unos que perdonan, pero razonan la venganza, con lo cual empalman el honor más exquisito por un procedimiento maquiavélico de pura raza. Decía otra comedia antigua que en casos tales.

Impide, aunque ese es el medio,
La vergüenza del remedio,
El remedio de la afrenta;

pero los personajes de Lope, y sobre todo de Calderón, aceptando como cantidad constante la venganza, se dedicaron á resolver el otro término, de suerte que se eliminara la vergüenza. Decía el Almeida de Calderón:

Y después de haber vengado
Mis ofensas á revido,
El vulgo dirá engañado:
«Este es aquel ofendido»,
Y no «aquel desagraviado.»

Había, pues, que inventar el modo de componer la venganza con la fama, y para eso era forzoso, en vez de proceder *atrevido*, obrar cauteloso; en vez de castigar públicamente, hacerlo en secreto; en vez de ponerse frente á frente del ofensor con una espada, matarle de mano propia ó ajena sin tramites de honor y con la conciencia impasible de juez y verdugo.

JERÓNIMO BORAO.

CUARTILLAS SUELTAS

DONDE NO LO ESPERABA

I

«No lo conseguiré, está visto. Por más que revuelvo estos polvorientos infólios; por más que me afaño en desentrañar de su casi ilegible texto, el oculto sentido, la vida íntima, la significación verdadera del personaje de mi estudio, no llego á alcanzarlo. ¡Y dicen que mi sagacidad, que mi espíritu de penetración son tan maravillosos! Error, error y error.

Durante algún tiempo he creído con la más plausible buena fe, que había llegado á reproducir en mi mente las circunstancias y sucesos de aquella época, con la animación y viveza que revistieron al ocurrir, como si hubiera sido actor en ellos y compañero de ese hombre, más no era exacto. Perfectamente he hecho en no dar al público lo que yo juzgaba una obra sin tacha. ¿Para qué? Otro libro agregado á los innumerables que tratan del asunto sin aclararlo nada, y suscitando nuevas dudas y nuevas polémicas. Esto no es la historia. La verdadera historia debe imponerse, convenciendo concluyentemente de que los hechos de su narración no pudieron acontecer de otra manera que como ella los narra.

Pero ¿disponemos de cuantos elementos son necesarios para escribirla de este modo? Aparecen y desaparecen los grandes personajes históricos, y con ellos miles y miles de generaciones, dejando, es verdad, perdurable memoria de sí en los trabajos que llevaron á cabo; pero esa sucesión de detalles que contribuyen á formar la existencia de los individuos y de los pueblos; esos detalles que por carecer de carácter público, dejan de influir trascendentalmente en muchas ocasiones para lo futuro, el temperamento, la idiosincrasia, la composición orgánica que determinan tantos actos, ¿cómo se reproduce todo esto?

La historia ha de ser positivamente un juicio final. A la llamada del historiador, los muertos deben levantarse de sus heladas tumbas en cuerpo y alma, para que sean analizados; el cuerpo, según el número, peso, medida y naturaleza de sus componentes, según las flaquezas ó las energías que éstos desarrollaron y porqué, y el alma, en vista de la debilidad ó de la fuerza de su organización. La historia de los tiempos que fueron, no se hace solamente desenterrando monumentos y excavando ruinas de las primitivas ciudades, sino recogiendo también hasta el polvo de sus necrópolis, para encontrar en él, con los recursos de la ciencia, muchos secretos de las civilizaciones pasadas.

¿Será verdad que los buenos historiadores no lo son más que relativamente, en tanto cuanto la naturaleza privativa de cada uno de ellos guarda una relación mayor ó menor, pero siempre alguna, con la del personaje ó época de que historian? ¿Qué lo que se califica de sagacidad no es otra cosa que analogía, semejanza ó tal vez desigualdad de organización con el personaje ó época adivinados, igualdad de organización repetida, al cabo de una serie de evoluciones?»

Al llegar á este punto, el descontentadizo y exigente filósofo, cansado sin duda de aquella prolongada excursión por los espacios imaginarios, dobló la frente y se durmió de la manera más prosáica del mundo.

II

«Villadelsol, Enero de... Querido Enrique: Ponte inmediatamente en camino. Tu madre se halla muy enferma. No sospeches que ha muerto y que te escondo la verdad para decirte la únicamente cuando llegues aquí: tu madre vive y aún nos dan esperanzas de que podrá restablecerse, si bien con perjuicio de sus facultades intelectuales. Franca es la carta; pero como sé que posees una fuerza de voluntad superior á tus años, y que conoces lo que la vida es, no he querido ocultarte nada de lo que hay, á pesar del cariño, de la adoración tan merecida que á tu madre profesas. Tu buen amigo, Eladio.»

Acongojado por la anterior carta, Enrique se puso inmediatamente en camino, según le encargaba el respetable D. Eladio antiguo y estimado amigo de aquella familia.

A poco de regresar el joven, la enferma se restableció del ataque que le había sobrevenido, mas, desgraciadamente, sus facultades intelectuales quedaron perturbadas, justificándose de esta manera las previsiones médicas.

«Enrique, dijo D. Eladio: entras en una nueva vida, que no sé si calificar de dulce ó de enojosa: tus sentimientos lo dirán. Hasta ahora todo te ha sonreído. No has experimentado más que un grave disgusto: la muerte de tu excelente padre, modelo de hombres dignos, trabajadores y apreciados. Aun así, ha vivido lo suficiente para que pudieras educarte con sus buenas lecciones, dejándote en disposición de trabajar, y de ser útil para tí y los tuyos.

Sabes el respeto que tu madre se ha conquistado en esta consideración y en la de esposa. Que si ha sido la virtud misma como compañera de tu padre, en cuanto á querer y cuidar de sus hijos no ha habido quien la sobrepujara. Sé que habeis hecho por recompensarla este cariño, y que la amais con ceguedad, cosa que me queda extraordinariamente y sobre todo ahora, con la inmensa desgracia que sobre la infortunada ha caído. Vés que con el trastorno de su enfermedad está hecha menos que una niña: por lo tanto, revístete de gran paciencia, ó mejor dicho, déjate conducir por las inspiraciones del inagotable zariño que hacia ella abrigas, y las contrariedades que esto te cause, por muchas que sean te parecerán poca cosa. No abandones nunca y no olvides que nadie, como tú, puede, ni querrá consagrarse á ella.»

Así lo prometió el joven, arrasado en lágrimas, y, sin retroceder ante ningún género de sacrificios, cumplió su promesa. Todos los momentos que sus ocupaciones le consentían los dedicaba á la pobre loca, inventando mil medios para mejorarla y distraerla, aunque inútilmente, porque la infeliz había llegado hasta desconocerlo.

Trascurrieron algunos tiempos. La enferma no adelantaba nada; lejos de eso, lo que al principio no tenía más que caracteres de locura tranquila y silenciosa, fué tomando otro aspecto menos lisonjero. La doliente, presa de alucinaciones extrañas; caía unas veces en violentísimos arrebatos, y otras hablaba como con personas que sólo en su acalorada imaginación existían.

«Padre, dijo una vez: no me negueis vuestra absolución, porque no fui culpable. Mi voluntad no participó en nada: falté sin darme cuenta de ello, como impelida por fuerzas in-

vencibles y extrañas que nunca habían yo sentido. Mi entendimiento se ofuscó; no hubo luz en él para descubrirme el abismo á donde yo iba inconscientemente. Verdad es, que al enlazarme con mi marido, lo hice sin profesarle amor, porque lo quisieron así, atendiendo á las condiciones morales que en él concurrían; porque era necesario casarme, y la situación de mi modestísima familia no daba lugar á que perdiéramos el tiempo en elegir, según mi deseo; pero os juro, padre, por lo que más estimo, que, no bien comprendí las circunstancias de aquel hombre, lo amé de cada vez más intensamente por la hermosura de su corazón.

Y sin embargo; cuando la suerte hizo que se me presentara el que debía avergonzarme para siempre, experimenté una sensación como si hubiera desaparecido de mí toda voluntad, toda energía: todo pensamiento que para él no fuera: esposa, hijos, deberes, todo cedió ante el irresistible poder de aquel conjuro >

Enrique estaba allí con la cabeza baja.

III

—Al fin es nuestro. Ni su fecundo ingenio ni su previsión, ni su oro le han aprovechado.

—¡Oh! Roberto lo entiende y por añadidura está muy ofendido.

—Y tiene razón. Como la que se le quería pegar ocurren pocas.

—Verdaderamente que los propósitos de Enrique eran maquiavélicos.

—¡Figúrate! ¡Conseguir una cita de la hermosísima futura de Roberto para el día antes de la boda.

—¡Bueno hubiera sido! Mas, por lo que se echa de ver, la fortuna ha abandonado á Enrique en esta ocasión.

—Yo creo que ha consistido todo en que, como Enrique se ha hecho tantos enemigos por su licenciosa conducta entre los esposos y los padres, unos de ellos por espíritu de venganza y otros por no verse en la necesidad de tenerla, aliados ofensiva y defensivamente, han perseguido sin descanso al irresistible seductor, hasta averiguarle todos los escondrijos.

—¿Qué fragua Roberto?

—Nada ha dicho de la maquinación que lleva, pero me figuro que será de padre y señor mío. Conoce perfectamente bien el punto donde los descuidados tórtolos han de verse, y cuantos preparativos han hecho. El desengaño le ha llegado al alma y está henchido de los más feroces deseos de venganza.

—Páreceme que de todo esto vá á resultar un desafío á muerte.

—Lo dudo, porque acrecentaría en importancia el nombre de Enrique, muy famoso ya entre los políticos y más aún entre las mujeres. No es eso lo que su rival busca. La ira, el despecho que le poseen son demasiado grandes para que piense en reparar su ofensa valiéndose de medios dignos: quiere herir pero con seguridad y á mansalva.

IV

Aquel saloncito tan perfumado, tan caprichoso en su disposición y adornos, suscitaba, yo no sé porqué, el recuerdo de esas lindas rosas de anchos, nacarados y recogidos pétalos, que en el centro de la corola forman como un nido de amores donde van á posarse, para descansar de su inconstante vuelo, las mariposas de multicolores y delicadas alas.

Y era un nido de amores.

La joven no podía ser más hermosa, ni él más galán. Para que su dicha fuera completa, ni aun los faltaba el incentivo que tanto realce dá al placer: el de ser criminales, ella para con la fé jurada á otro hombre, él para con una antigua amistad.

A intervalos, ella, con temblorosa mano, tomaba una copa de brillante cristal y gustando del contenido, la pasaba después á su apasionado interlocutor.

De pronto empieza á decaer la conversación de los amantes: Un extraño sopor, una indefinible languidez se apodera de ellos.

Instintivamente alarmados, quieren levantarse, pero no pueden ni alzar el brazo ni proferir un grito.

La puerta del saloncito se abre en aquel

momento y aparece por ella con la fisonomía radiante de júbilo el rival burlado.

La feliz pareja, sin fuerzas para huir, lo contempla con asombrados ojos, y él, con objeto de que no duden, se coloca ante los amantes para que lo conozcan bien. A poco, con poderoso brazo, enlaza el talle de la preciosa joven, que no puede valerse, y separándola un breve trecho del rival dichoso, la sienta en un diván y él al lado de ella.

Al día siguiente, de mañana, se oyeron dos detonaciones que partían de aquella casa. Acudieron las autoridades y vecinos y se encontraron muertos á los dos amantes. Sin duda, por lo que se pudo colegir, los dos eran suicidas.

—¡Qué pesadilla! dijo, despertándose desfavorido el historiador. ¡Y era él! ¡Seguramente que era él! ¡Si moriría así y no por lo que se supone? Estudiemos de nuevo. *Sueños hay, que verdades son.*

LUIS BARTHE.

REVOLUCIÓN ARTÍSTICO-LITERARIA

Y

POSTERGACIÓN DE LA JUVENTUD

La comedia es la epopeya del naturalismo bello; el argumento de la tragedia es hiel que se liba en el alma, el de la comedia la sencilla sorpresa de una acción, de un gesto, de una mirada ó de una sonrisa. La una busca el secreto de lo eterno y lo divino; la otra, sin traspasar la muralla humana, halla una base en que asentarse. La tragedia es como el elefante que necesita la mole para sostenerse; la comedia es como la gaviota que se posa en el leve tronco que van llevando las espumas de las olas.

De las evoluciones del arte escénico debía resultar algo más; algo faltaba en la vida artística; esperábase una fusión de la tragedia y la comedia, madre é hija tenían que fundirse en un sólo ser, en un abrazo parecido al de Mignon y Guillermo Maister, porque cada día caminaban más apartadas. El público lo pedía; quería abarcar de una sola ojeada el conjunto de los dos géneros, y nació el drama; es decir, la tragi-comedia, el perfecto modelo á que debe aspirar el arte escénico.

La tragedia naciendo de una festival griega (1), la comedia naciendo de la tragedia y el drama de las dos, nos demuestran palpablemente que las evoluciones vitales no son más que grandiosas y pequeñas encadenamientos cuyos primeros eslabones se sujetan en la eternidad para dejar que los otros caigan, rueden, brillen, se retuerzan y vayan perdiéndose, en la brumosa de los siglos. ¿Vendrá algo más después del drama? ¿Quién sabe! Quizás lo presenciemos; porque el mañana es siempre una sorpresa que nos reserva el tiempo.

La abolición del verso de la escena española es una de las obras magnas que está encomendada á la juventud literaria. Respetemos lo antiguo, pero hagamos que en el presente y en el porvenir desaparezca en absoluto el verso de la escena por ser anti-natural y por ser el símbolo de la edad de hierro en pleno siglo de las luces, por ser el obstáculo con el cual tropiezan muchos que no saben lo que son el el metro y la rima, por oponerse al desarrollo del arte en la esfera de la prosa. Si el teatro ha de ser el reflejo de la sociedad, hay que hablar en él en prosa, porque en prosa habla la humanidad y porque son falsos los personajes que no hablen y que no piensen como ella. Si se concede la existencia del verso en la escena, el teatro deja de ser el espejo de la sociedad para convertirse en la entidad ficticia de la imaginación, en la mentira con visos de verdad. La prosa debe imperar en él irremisiblemente si se quiere que el teatro llegue al colmo de sus aspiraciones. Mucho se podría decir sobre el particular ocupando larga serie de conferencias, pero en estos instantes la tesis

necesaria al caso es la siguiente: Fuera el verso por ser antinatural é ilógico.

La tragedia griega puede existir entre nosotros. ¿Cómo? Despojada de su pomposidad parafrástica. Si la humanidad es una tragedia inmensa, debe contemplar la tragedia para contemplarse á sí misma y corregirse y enmendarse. ¡Abajo la tradición romancesca de la tragedia! Todas las tragedias deben ser en prosa, porque la prosa es la vida y la prosa es el único ropaje de que deben revestirse en nuestros días para sostenerse en la escena. Hágase la tragedia en prosa y su hermosura resaltará más brillante como resalta el sol en el horizonte más brillante y más hermoso cuando se han evaporado las cenicientas nubes que ocultaban su resplandeciente disco.

La prosa es norma del buen gusto, y aboliendo el verso en la escena, también cabe la prosa en la lírica contemporánea, aunque aquí su imperio no debe ser tan absoluto, tan despótico ni tan terminante como en la escena, por ser la lírica algo divino que se desprende de todo y flota en la vida como ecos de una música celestial, como flotan á merced del viento los tenues impalpables pliegues de la túnica de un ángel, como se extienden y ondulan las frescas brisas de la mañana.

Después de interceder por el establecimiento de la prosa en la escena y su cabida en la lírica contemporánea, después de pedir la abolición de la tradición poético-teatral, pido también en nombre de la estética, en nombre del buen gusto y el sentido común, invocando para ello los títulos más divinos, más sagrados del arte, la abolición gubernamental inmediata y terminante de esos reprochables espectáculos llamados traducciones, parodias, revistas, óperas y operetas extranjeras; porque con ellos se enlodan nuestros tímbrs y nuestras tradiciones artísticas; porque con ellos se conspira inconscientemente á la caída del teatro español; porque ellos son las miserables piquetas que socavan el pedestal del coloso; porque ellos son, como las aristocracias, obstáculos constantes al desarrollo del progreso social, impedimentos continuos al desarrollo artístico-literario de nuestra patria.

¿todas las demás naciones les cabe el derecho de ser patriotas menos á España, que de un tiempo á esta parte se ha convertido en pobre esclava del gusto extranjero, siendo y debiendo ser absoluta dominadora en las regiones esplendentes del arte. El czar de Rusia prohíbe en sus dominios la representación de espectáculos extranjeros; Francia se opone á dichas representaciones mientras dura su temporada teatral, y España, la patria de Cervantes, de Lope de Vega, de Calderón, de Tamayo y de Echegaray, tiene abiertas sus fronteras á toda clase de invasiones artísticas extranjeras. ¡Deplorable y triste situación! Pues qué, ¿caso no tenemos un teatro del cual Pedro Corneille nos robó el *Cid*; Dumas, las *Mañanas de Abril y Mayo*, de Calderón, disfrazada bajo el nombre de *Gabriela de Belle Isle*, y hasta el mismo Víctor Hugo las más importantes de sus creaciones? ¿Ha sonado, acaso, la hora fatal en que la reina de las naciones incline su radiante diadema ante los miserables espectros de otros mundos y otros gustos? ¿Ha llegado por desgracia, la hora de nuestra degeneración intelectual? ¿No tiene ya número ni inspiración el pueblo de Jorge Manrique y Fray Luis de León? ¿Ah, señores! esa catarata de fuego, esa impetuosa corriente que en un tiempo llenó el mundo entero, aparece hoy casi apagada, cayendo gota á gota cual tormento inquisitorial sobre la altiva frente de un pueblo que fué señor de Flandes y de América ayer, mar de fuego cuyas espumas eran diamantes brilladores á la lumbre solar; hoy, gota de agua que pudre el cráneo y dá la anemia al alma. Esa vorágine vergonzosa, ese torbellino devastador que arrolla nuestra escena, ¿qué pueden decir á la Europa, al mundo entero? Una frase funeral, una frase aterradora: el arte español muere de nostalgia.

El teatro ha llegado á lo que podía llegar; hace tiempo que está en la cúspide, y de la cúspide al llano no hay más que un vuelco;

(1) La canción del macho.

la exuberancia de vida da la muerte; ya empiezan a apoderarse del arte escénico los vértigos fatales del abismo que le atrae; aún se sostiene como un ciclope envolviéndose en un manto de sombras y agarrándose con temblorosas manos a los discos de los soles de su gloria; pero mañana caerá, ¡caerá quién sabe si para siempre! ¡pero, no! esto no puede suceder, no sucederá, no lo toleraremos, porque es cuestión de honra nacional; la caída del arte es el desplome de la mole, la muerte del talento, la inanición del alma, y España tiene que seguir siendo la reina del teatro universal. Autores y actores desaparecerán cual brillantes meteoros que al sepultarse en su ocaso dejan tras sí rastros luminosos: ¿quién los sucederá? ¿quién se opondrá a la caída del coloso? ¡Nadie! ¡Nadie, por desgracia! porque tú, juventud, que me haces el honor de escuchar mis palabras, aunque en tí está todo y de tí se espera todo, aunque eres la fusión de hoy con el mañana, el enlazamiento del presente y el porvenir, la esperanza hermosa del arte y de la patria, te ves postergada y humillada; nadie nos tiende una mano; la protección se aparta de nuestro lado, y el escepticismo embota nuestras plumas y nuestras almas; porque «el que llevo á subir, ya no piensa en la escalera,» como dijo Eguilaz. El templo del arte será suntuoso y esplendente, pero para nosotros no tiene más puertas que las miserables troneras de la intriga, estrechos agujeros por los cuales se nos hace pasar dejando en sus asquerosos umbrales puñados de vida y girones de dignidad empapados en nuestras lágrimas y en nuestra sangre. Intentamos avanzar, y á nuestro paso se levantan inquebrantables murallas de hielo; llamamos y nadie nos responde; queremos subir, y sobre nuestras frentes descarga la envidia los golpes de su martillo; nuestra vida es el martirio, y nuestra esperanza el suplicio de Tántalo; un sol que siempre fulgura á nuestra vista, pero siempre eclipsándose tras la negra nube de la mala fe.

La juventud del poeta es la lucha con la infamia. ¡Compañeros míos! ¡Hermanos en letras, en aspiraciones y en sufrimientos, esto no puede seguir así! ¡Es preciso que nos reunamos en estrecho vínculo, sin rivalidades, sin controversias; el arte no ha de ser un ángel esplendente con corazón de veneno, sino un lazo de fuego que nos una á todos; una nube hermosa que á todos nos envuelva por igual; un sol, cuyos rayos siempre ardientes y poderosos se quiebran y se reflejan siempre iguales en nuestras almas y en nuestras frentes!

Pedro el Ermitaño, llevado del fanatismo, arrastró á los reyes y á las naciones á la conquista del Santo Sepulcro; yo, poseído del vértigo del entusiasmo y de la fe, te llamo, juventud literaria, doy la voz de los almogávares para que me sigas, para que formemos una poderosísima cruzada que nos otorgue el porvenir á que aspiramos, y si para ello es preciso que derribemos el templo, cuyas puertas se cierran á nuestro paso, ¡demosle fuego! y caiga deshecho á nuestras plantas, que cual fénix hermoso que de sus cenizas nace, sobre sus escombros ha de nacer el cielo de nuestro ideal y el mañana de nuestra vida... ¡Es preciso que el arte no muera, y el antídoto está en nuestras manos!

Otro problema tenemos que resolver á toda prisa; otra obra magna nos está encomendada si queremos caminar á la altura de la civilización moderna. Si hemos de entrar coronados de luz y revestidos de gloriosos ropajes en el siglo que nos abre sus puertas descorriendo sus cortinas de nieblas y misterios y llamándonos para qué, potentes y viriles pongamos planta en el escalón de su templo, subamos á sus altares y toquemos los cielos con nuestras frentes. Esta obra, este problema, señores, es la imprescindible fundación de la ópera española.

Mucho se ha dicho de ella: mucho se la ha combatido; pero la verdad es, que tales dichos y tales combates no son más que miserables trabas puestas á contrarestar los gérmenes vitales del arte lírico español, inicuas intrigas para sostener un espectáculo extranjero en un

teatro que fué hecho para llamarse teatro nacional.

El sostenimiento de un espectáculo extranjero en plena temporada teatral, es de funestas consecuencias, y si no dígalos la presente temporada.

¿Cuál es el aspecto que presentan los teatros? El más triste, el más desconsolador, el más vergonzoso, el más inicuo. El Español, agonizante; la Princesa y la Comedia, esclavos de la traducción francesa; el de Novedades, pugnando por sostener un resto de patrio decoro mezclado con las abominables representaciones de los arreglos de las novelas de Montepín. A éstos siguen los de Lara, Martín, Eslava y Variedades, sosteniéndose por un milagro de gravitación casual; y sobre todos ellos, como un vampiro inmenso, como un monstruo sediento de oro, aparece el Teatro Real arruinando al arte español; sepultando en sus arcas millones y millones de pesetas, y siendo la losa sepulcral que oprime bajo su peso al arte lírico español. ¡Qué vergüenza y qué desastre! Triunfa en nuestro suelo la ópera italiana, y nuestra lírica es un cadáver que se arrastra de Madrid á América y de América á Madrid.

¿Qué hay que hacer para evitarlo? ¿Qué filtro ha de servirnos para dar vida á la juventud musical, que pasa desapercibida entre nosotros como compacta masa de sombras que no tiene más voz que un gemido, y que al rodar apaleada por el odio y la envidia, sólo va dejando en pos tinieblas y más tinieblas? Aquí lo que puede salvarnos es la coalición, la fusión, para que, unidos todos y convertidos en atletas de las nobles aspiraciones, levante-mos altivos la frente á los ojos de Europa entera. Para que podamos entonar el canto de victoria, es preciso que encendamos las antorchas de nuestro ingenio y demos á los vientos sus flamígeras ondulaciones para que, espantando el monstruo invasor, se tenga á raya y nos mire temblando. ¡Ha llegado el momento! ¡Es necesario que juguemos un ajedrez terrible, cuyos mates se sucedan sin descanso ni interrupción!

Hablamos del teatro, y por el teatro debemos empezar. En él hay que sentar la partida; hablaré, pues, de él, y partiendo de allí extenderé á las demás necesidades mis palabras y mis pensamientos.

La educación del actor es una de las necesidades más imprescindibles en esta metamorfosis artístico-literaria; de ella se carece absolutamente en España, y ha llegado el día en que, si no se establece, al menos debe iniciarse la idea de tan importantísimo asunto.

La instrucción es la que hace al actor, la que ayuda al talento á remontar su vuelo á las luminosas esferas de la inspiración y la que completa el todo que se debe exigir á los intérpretes de las pasiones humanas.

Sin luz, siempre hay sombra; sin atmósfera, no existirían los mundos; sin fe, toda creencia es absurda; vivir sin esperanza, es morir lenta y angustiosamente. Así, si nada existe sin algo que le sirva de complemento, un actor sin educación artístico-social es una nulidad completa.

El actor es el que está obligado á tener la educación más perfecta, á poseer mayores conocimientos que todos, porque es el que á los ojos de la sociedad muestra eslabón por eslabón la cadena de vicios y de virtudes que une al rey con el bandido, al opulento con el miserable, porque es lo humano á expensas de la fantasía.

¿Qué concepto merece la educación del actor? Uno solo y terminante: ser indispensable y absoluta: indispensable, porque sin ella no se llega á ninguna parte, y absoluta, porque el absolutismo artístico es la única tiranía que debe imperar en los postrimeros días de un siglo que apaga sus fulgores en los umbrales de otro siglo más gigante ó más pigmeo.

La universalidad ha de ser norma de esta educación; no una confusa enciclopedia, sino un clarísimo conjunto de todo aquello que constituye la vida real y la vida artística, porque al actor hay que enseñarle todo, no basta llevarle á un conservatorio donde sólo

se enseñe á declamar y á moverse automáticamente; es preciso enseñarle desde la minuciosidad hasta la grandiosidad; el actor debe saber desde cómo se pone una bota hasta cómo se ciñe una corona y se arrastra un manto regio.

Tenemos una escuela de declamación, pero esto no basta; falta mucho para que esta escuela aspire á ser un perfecto modelo; en ella se aprende á recitar, pero se sale sin educación artística alguna; puede decirse que en ella sólo se aspira á ser un muñeco movable.

Una de las cosas de que más cuidan en Italia es de la educación práctica del actor; así es que todo sus artistas llaman siempre la atención á donde vayan, por la propiedad y el exquisito gusto artístico con que lo hacen y presentan todo; un italiano tendrá más ó menos genio artístico, pero esta falta queda siempre encubierta con la sobra de educación. Una mujer hermosa, resulta fea si no se sabe arreglar sus galas; una fea resulta hermosa si tiene gusto en sus atavíos. Esto sucede con el actor: no sirve que sea un genio, porque la genialidad no envuelve ni moviliza la materia, como no envuelve la espiral de incienso la tripode en donde nace, sino que se eleva azulada y majestuosa en lentos y acompasados giros.

La riqueza de detalles es lo que constituye al artista; si un escultor labra una estatua y no imprime en la piedra la vida del arte, por hermosa que sea, siempre resulta una hermosura con la inmovilidad de la muerte: si un pintor pinta un cuadro copiando mal un borroso conjunto, sin cuidarse de verter en el lienzo esas mágicas reverberaciones de luz ó prodigiosas ondulaciones de vida, su obra resulta pálido espejismo, triste reproducción de algo que es el todo, que se esparce y que sin embargo no se alcanza fácilmente. Esto sucede con el actor: nada importa que su genialidad revista la declamación de las vibrantes notas que la convierten en divina melodía; nada importa que su alma cante como el cisne ó suspire como la tórtola enamorada, si á estas melodías, si á estos trinos, no acompañan los primores de una educación perfecta y sólida.

El ruiseñor canta colgado de las ramas; la alondra suspira enternecida entre los tejidos de hierbas y de hojas con que formó el nido; el cisne rompe majestuoso las cristalinas láminas de los lagos; la luna surge siempre redonda y siempre igual de los senos misteriosos de la nada; las flores siempre tienen los mismos perfumes y natura entera unas mismas palpaciones de vida y de muerte: el todo es la igualdad y la monotonía: la creación el compás eterno. Esto no debe ser el actor, esto no constituye el arte. Figúraos la inmovilidad eterna y os cansará la creación; contemplad la genialidad desnuda y no encontraréis la plasticidad anhelada; la rotación, los giros, las vibraciones, la calma, el sonido, la variación, la transformación son los que deben constituir, no sólo el todo eterno sino también el *summum* humano.

Las pirámides de Egipto cansan la vista por la igualdad anti-artística de sus líneas, pero las estatuas de Fidias y de Miguel Angel arrebatan al alma, y en un instante la trasportan á otros mundos en alas de la fantasía. Oid declamar á un hombre inmóvil un trozo del *Hamlet* ó un monólogo de Calderón, y os dormiréis, por más que las inflexiones de la voz impriman bellezas en el verso; oid recitar algún fragmento de cualquier obra dramática mal acompañada la dicción de la acción, y os sucederá lo mismo: contemplad un D. Juan ó un Manfredo sacando una daga con fría expresión ó declarando sus amores con descompuestos gritos y descompasados movimientos, y os reiréis á carcajadas: mirad una Ofelia y un Otelo sin saber lo que hacen ni lo que dicen, y os parecerán miserables las inmortales creaciones de Shakespeare: contemplad una comedia de Moratín, Bretón ó Goldoni, cuyos intérpretes no sepan vestir una levita, saludar á una dama, hablar á una niña ó tomar una taza de thé y encender un cigarro, y lo primero que se os ocurrirá es protestar á silbidos de aquellas ridículas aspiraciones y reiros á más

y mejor de tales damas y tales caballeros de pega.

Un príncipe gasta sus caudales para educarse: un actor es el príncipe del mundo artístico y debe hacer lo mismo, pero como es príncipe por lo general sin caudales, debe pedir á la patria un puñado de oro á cambio de un puñado de gloria; todas las naciones deben tener oro y cátedras para sus artistas, porque en definitiva el arte y no la política es lo que las da más gloria y más prestigio.

La propiedad en la ejecución es la que únicamente realiza á los ojos del público las bellezas que atesora una producción dramática. Esta misma propiedad sirve también para dos cosas: para salvar la obra si es mala ó mediana y para mostrar claramente sus defectos al autor que las creyó bellezas y después resultaron tonterías.

El artista es la divinización de la especie humana y el arte la epopeya de la democracia; el exacto cumplimiento de la teoría de Jesucristo: «Todos los hombres son iguales;» el arte se representa en mi imaginación como un palacio de resplandeciente oro, á cuyos umbrales de pedrería todos resultan iguales. De este palacio puedo decir que lo miro muy alto, pudiendo responder á los que pregunten por él: está situado en la cumbre del monte de la paciencia, y para entrar es indispensable encontrarse en camino con una señora llamada doña Fortuna.

En los tiempos en que las naciones eran esclavas, el artista era considerado como el ser más despreciable de la sociedad, negándosele hasta el sentido común. ¡Execrable recuerdo de épocas embrutecidas por la guerra y el despotismo! Hoy, el artista es un ídolo, ante cuyos altares deponen el mundo palmas y laureles. Toda apoteosis nace del desprecio. La civilización ha colocado al artista en el puesto que le corresponde; á la altura de reyes y deidades; si mi persona fuese alguna vez árbitra de un pueblo, no tendría más que una ambición y un placer, tener los brazos muy largos para estrechar de una vez entre ellos á todos los hijos del arte.

Ars longa vita brevis ha dicho Hipócrates en sus inmortales *Aforismos*; la vida para la interpretación del arte, es capullo que deshoja el fuego; por eso hay que reconcentrar en un momento lo que quizás durara un siglo; hay que sentir de una vez y concebir en una sola idea los misterios todos de esa poética existencia.

Y bien, señores: ¿Dónde debe el actor recibir esta educación? ¿Dónde ha de reconcentrarse el núcleo de estos conocimientos? ¿De dónde debe partir esta especie de fuerza motriz del talento y de la práctica artística? De un solo punto; de una sola parte; de una academia artística ó de una escuela práctica. El nombre propio es lo de menos; la estructura es lo que vamos á ver, el nombre casi nunca demuestra una cualidad, porque es uno de tantos caprichos ó inverosimilitudes sociales; al espíritu vital se le llama alma única y terminantemente, cual si con un solo nombre se quisiese demostrar su solo origen; llamaré á mi propósito plan solamente, dejando á vuestro gusto el calificativo que mejor os parezca.

No voy á hacer ni la más leve indicación de lo que costaría la edificación de tal escuela, ni á trazar los planos de su distribución arquitectónica; voy á hablar sólo de su organización.

La escuela práctica para artistas dramáticos debe estar organizada del modo siguiente:

He dicho, y todos sabéis que el arte está dividido en tragedia, comedia, drama y sainete; estas cuatro divisiones son las que deben constituir los cuatro años que juzgo indispensables para la educación del actor; pero estos cuatro años han de formar la esencia de tal educación, es decir, deben estar colocados entre uno de ampliación y otro de conjunto.

Las matriculas se harán en el año de ampliación, cuya enseñanza se formará de todos los rudimentos y las nociones teórico-prácticas del arte escénico, tales como principios de retórica, declamación, vestuario, fisiología artística y todos cuantos principios rudimentarios

exigiera semejante educación. Esta clase debe ser á manera del primer escalón de la gloria; el dorado estribo de Pegaso, aquel que resbale ó vacile debe desistir de su propósito: pues forzosamente no se llega á ninguna parte ó se llega cansado y aburrido. La dirección de esta clase estará á cargo de un profesor y dos suplentes; una especie de triunvirato de la práctica.

El primer año lo ha de constituir el estudio del sainete; ¿por qué? me preguntaréis, y yo, para explicaros mi teoría, solo os diré una cosa muy sencilla: la vida es algo incomprendible colocada entre una sonrisa y una lágrima; este término medio la virilidad y esta lágrima la muerte; la sonrisa es fugaz como hermosa explosión de luz; la virilidad, una mezcla diabólico-divina, y la lágrima un diminuto conjunto de cristal formado de los misteriosos é impalpables infusorios de lo ideal y de lo real; esencia de todo que se evapora en nada; la última gota de rocío desprendida de la flor del alma al deshacerse de la materia. Ya he dicho que el arte es vida; así, pues, creo que debe empezarse su estudio riendo, aunque el arte griego empezó llorando, puesto que empezó por la tragedia. La conveniencia de que el estudio del arte debe empezar por el sainete, me la explico yo comparándolo con el niño que de fijo morirá si desde la cuna empezase á sufrir. Muchos dirán que el arte es una mera ficción, que en su interpretación todo sentimiento es falso: esto no es ni puede ser verdad nunca, jamás, porque el arte morirá en el momento en que le falte el divino lirismo del alma.

Muchos no podrían pasar del sainete; no importa. Interpretándolo, serían la gente alegre del mundo artístico. En este primer año de estudio el alumno debe aprender lo mejor que existe en el género; estudiar á Ramon de la Cruz y á casi la totalidad de saineteros ilustres antiguos y modernos, ocuparía mejor la cátedra un autor del género que no un profesor que no lo fuese; á este catedrático debe ayudar un director de escena, también del género.

Llegado el fin de curso, los alumnos, después de un examen teórico-práctico, pasarán al segundo año de la carrera, es decir, al estudio del drama. En esta clase debe imperar el mismo régimen que en la anterior. Sus profesores, un autor dramático y un primer actor y director de escena; la misma distribución, más esmero en la práctica y más riqueza en la teoría; un examen igual, y al estudio de la comedia.

Sin duda os parecerá algo inverosímil la transición; os parecerá rápido el paso del sainete al drama; pero medita un momento y hallaréis la respuesta contemplándoos á vosotros mismos. En la vida se llora y se sufre inmediatamente después de reír y de gozar; el sainete es la infancia moderna del arte.

Tocante á la organización de la clase de la comedia debe ser la misma de la del sainete y la del drama, con su profesorado compuesto de un autor cómico y de un director.

De la comedia pasarán los alumnos al estudio de la tragedia. Aquí ya varía en algo la organización de la clase; su profesor debe ser un hombre que domine todos los géneros, lo mismo que su ayudante, el director. Cursado este año se pasará al de conjunto ó repaso, en el cual, después de examinarse de todo lo estudiado desde el año de ampliación, se estudiará y se pondrá en escena una obra de cada género en un teatro propio de la escuela, la cual, ayudada por el Gobierno, sacaría á las tablas actores de primer orden. Esta ayuda gubernamental tenía que ser una imposición tal como la que rige con los cantantes de nuestro Conservatorio que tienen que *debutar* en el teatro de la Opera para ver si pueden ó no marchar con segura planta por los derroteros de la gloria.

Respecto á la actriz, se someterá al mismo reglamento que el actor y á sus mismos años de estudios.

En lo que más deben fijarse los profesores de tal escuela, es en la propiedad práctica de la enseñanza, que debe amoldarse estrictamente á las exigencias de las obras escénicas que formen el plan general de estudios.

Esta escuela debe estar subvencionada por el Estado y bajo la jefatura de un director general, cargo que sólo debía darse á decanos del arte; la parte administrativa es casi siempre igual en institutos de una índole parecida.

Si España tuviese tal escuela; si los artistas encontrasen un sitio en que desarrollar los hervores de su inspiración, se habría resuelto un problema importantísimo: el de que los actores no estudiasen á la vista del público.

Esta escuela sería el único modelo de las de su clase en el mundo, á donde acudirían artistas de todos los países á aumentar la gloria de España, que entonces sería más grande y más universal.

Aquí, entre nosotros, en el «Fomento de las Artes» se agita una idea nobilísima; formar una escuela dramática. Ignoro completamente las fórmulas de tal aspiración; así es que me abstengo de decirlo sobre ello ni una palabra, atreviéndome, no obstante, á suplicar sea atendido el ruego que en nombre del arte agonizante levanto desde esta ilustre cátedra.

A la muerte de Carlos II, á fines del siglo XVII y á principios del presente, la literatura española era un espantoso cadáver tendido sobre dos siglos. Pues bien, señores; mucho de lo que sucedió á la muerte del hechizado rey, mucho de aquello que hubo en España en tiempos de Comella, está sucediendo hoy día la decadencia actual es dolorosísima; es tan grande el marasmo y la tiranía del individualismo literario-artístico, que aquí puede repetirse la frase de Goncourt: *El teatro se acaba*.

¿A dónde vá el arte? ¿qué agonía misteriosa ó qué sutil veneno lo arrastran á la tumba? ¡No lo sé! Hace mucho tiempo que el arte está sumido en laberintos de brumas y en piélagos de nieblas.

La liga de que he hablado, la cruzada á que os convoco y la fundación de esta escuela son los únicos medios para evitar la fatal catástrofe.

The times is money; el tiempo es oro, dicen los ingleses, y nosotros en las actuales circunstancias debemos decir que el tiempo ya no es oro, sino un grano de arena que se nos escapa de entre los dedos arrebatado por violentos huracanes.

Otra reforma es indispensable; otra novedad se hace imprescindible y necesaria en absoluto para evitar ciertos lances sucedidos con harta frecuencia. Esta es, el establecimiento en los teatros, y sobre todo en el Teatro Español, de un jurado literario que juzgue las obras que á él se presenten, justa é imparcialmente; tales jurados serán de la siguiente manera:

Deberán estar formados por tres autores y tres primeros actores y presididos por hombres de la talla de D. Manuel Tamayo y D. José Echegaray. ¿Cuál ha de ser la misión de tales jurados? Acabo de iniciarla.

Es muy triste, sobre todo para el que empieza, ver cómo le rechazan una obra sin ser leída siquiera; *sin ser leída*, fijos bien, señores; porque ciertas personalidades artísticas se atreven á emitir su inapelable fallo, sin haber siquiera hojeado el manuscrito que han tenido en su poder por espacio de algunos años. Los días de la creación fueron montones de siglos, los días de espera en el teatro son puñados de años.

Establecido un jurado así, no sólo sería ventajosísimo á las nobles aspiraciones del poeta, sino que también sería provechoso al bienestar y brillo del teatro. Supongamos que para tal ó cual temporada se necesitan tantas obras nuevas para estrenarse, intercaladas con las de repertorio; pues bien, escójase, examínense los montones de manuscritos, y sáquense á luz las obras que más apropósito se crean para el caso: repártanselas entre sí los miembros del jurado para su detenido estudio; aliéntese al genio que vive sumido en la oscuridad y devorado por la fiebre de la inspiración; desengáñese al que vá errado, y convénzase á aquel cuya obra resulta colosal para el teatro.

Así la juventud tendría la voz del derecho; así el arte volvería á incendiar los mundos de sus espacios, llenando con ondas de luz el piélagos sombrío que hoy lo envuelve; así el deco-

ro nacional se vería sostenido; así se habrían arrancado muchas víctimas á las garras de la desesperación, y la razón daría á la intriga y al favoritismo, á la infamia y al egoísmo la puntalada de misericordia.

Tanto en esto como en todo movimiento literario los gobiernos son los llamados á ser sus protectores en vez de sus verdugos: una poderosa iniciativa gubernamental podría más que nada. Desde el Trono al último escaño de un Congreso debe henchirse la ola de la protección, que haga reverdecer y lleve á las playas de la gloria los rotos, esparcidos leños, que flotan, ora entre espumas que se extrellan, ora entre resacas que se dilatan.

¿Y la novela? ¿Cuál es en el día su situación? Una muerte vergonzosa. ¿Quién lee en España una novela? Casi nadie. A lo sumo, un reducido círculo de personas. ¿Cuál es su porvenir? No se sabe. ¿A qué obedecen esta indiferencia y esta decadencia? A una razón muy sencilla: á que la prensa periódica sólo dá cabida en sus folletines á producciones extrajeras. ¿Es esta una razón única y terminante? No; existe otra. ¿Cuál? La de que media España no sabe leer, y este es el escollo con que tropieza el fomento de la novela en nuestra patria. El fomento de la novela se puede decir que es una empresa que está encomendada á las futuras generaciones. ¿Por qué no la empezamos nosotros, robando al porvenir lo que nos promete para quizás no cumplirlo? ¿Gobiernos, dadnos más escuelas! ¿Artistas, nuestro templo tiene que levantarse, como el cristianismo, sobre las ruinas del moderno anfiteatro; el terreno que ocupa la Plaza de Toros es suficiente á nuestro plan; en él cabe toda la España ignorante!

¿Cuál ha de ser la benéfica lluvia que haga brotar flores en la aridez? ¿Cuál es el sol cuyos rayos han de vivificar los amortiguados y casi estériles gérmenes? ¿Cuál ha de ser el *fiat* de la moderna creación? ¿La resurrección del romanticismo! No el romanticismo extravagante y odioso, sino el romanticismo bello, el naturalismo romántico. Levántese del fondo de su tumba, cíñase la refulgente diadema y venga en nuestra ayuda á todo el rodar de su carro de fuego, rómpanse los nudos que aprisionan sus cristalinas cataratas, caiga desecho el torrente en el caos de nuestra inspiración hagamos algo de lo que hicieron García Gutiérrez y el Duque de Rivas, y algo nos tendrá que agradecer el mañana.

Mucho he hablado, mucho he propuesto. Esta conferencia ha ido enredándose como las cerezas, creciendo como las nieblas y centelleando como el rayo; hora es ya de que me detenga; hora es de que reconcentre en una sola frase todo cuanto llevo dicho; el arte muere, es preciso salvarlo; el siglo se acaba, transformación completa y absoluta.

«Fomento de las Artes», tu fin elevado y grande, tu idea noble y santa te colocan á la cabeza de la civilización española; nadie mejor que tú puede levantar lo que se derrumba. Marcha, pues, altivo y arrogante á derramar el aceite de la vida en la gigantesca lámpara que oscila moribunda; la obra de regeneración está en tus manos. A vosotros, honrados hijos del trabajo, á vosotros está encomendada tal empresa; id, pues; vamos todos á evitar la caída del coloso; cumplamos nuestra misión; que el genio casi nunca nace bajo las doradas bóvedas de suntuosos alcázares, sino que surge del seno de los talleres, como surge el sol de los senos de los mares y los montes.

Estas reformas son necesarias y no existen; españoles, hijos del arte, llegó el momento de llevarlas á cabo! Acudamos todos á tan magna cruzada; depositemos un óbolo para la salvación del arte, para construirle un pedestal inmenso y no un ataúd miserable. Al potente resplandor de las antorchas patrias, al suave ondular de nuestras banderas, evitemos algo de lo ocurrido en Londres, Decazville y Lieja, llevando á la obra las piedras en nuestros hombros, y ya que Europa entera tiene su vista fija en nosotros, asombrémosla levantando al arte un templo tan gigante y tan coloso, que digan al verlo las futuras generaciones: «Hé ahí

la mole en que el siglo XIX escribió el último renglón de su historia artística; hé ahí el monumento ciclópeo que enseña cómo levanta y eterniza la Iberia todo aquello que cae ó que vacila en su suelo.»—He dicho.

MANUEL LORENZO D'AYOT

BELLAS ARTES

RAMÓN PADRÓ

Aunque lo vierais con el escalpelo, ó blandiendo una espada, ó detras de un mostrador, ó en la tribuna de un parlamento, dirias: «es un artista.» Su rostro inteligente; su mirada viva, su frente despejada, su sonrisa en que se mezclan cierta energía de trabajador y singular melancolía de poeta, revelan claramente y desde la primera impresión, que el arte palpita en aquel hombre. Ramon Padró es un pintor admirable. Su personalidad está brillantemente acentuada en sus obras. Su pincel, pues, ocupa un puesto, de difícil conquista, dentro de la pintura contemporánea.

Todo esto lo sabe, sin duda, y mejor que yo, el lector. Lugar ya ha tenido de contemplar las creaciones de tan señalado ingenio, bien en grabados publicados en ilustraciones y revistas, bien en las propias producciones originales, depositadas en los lienzos. Los palacios, como las casas particulares, han abierto á este artista sus puertas, pidiéndole para sus salones ó sus dueños, primores decorativos ó retratos excelentes.

En ambas cosas es maestro Padró; en ambas ha sabido crearse una reputación especialísima que enorgullecería á otro que no tuviera su modestia—y lo diré también—sus aspiraciones hácia alto ideal. Porque aun que son muchos sus triunfos en estos géneros, que pudiéranse llamar de primera necesidad, no por eso se adormece en ellos, sino que su espíritu vive vigilante en los grandes horizontes del arte.

No es posible contar los rostros, ya de damas elegantes, ya de personajes augustos ó distinguidos, cuya imagen ha trasladado desde la realidad de la vida á los cuadros de su caballete. Siempre se vé este ocupado por una obra nueva. Esperando vez hay constantemente no corto número de bocetos, vueltos á la pared, como envidiosos de la suerte de aquel compañero que todos los días con un beso de luz recibe un toque de pincel. Bien es verdad que aguardan poco, pues en la paleta de Padró nunca se secan los colores. Se agotan.

Los retratos que salen de su taller, tienen un sello particular que los distingue de entre los de otros artistas. Siguiendo los rasgos peculiares de cada semblante, dando la forma y dirección que tienen en la naturaleza, sin embargo, el arte pone allí su inspiración, hermozeando, y como corrigiendo, imperfecciones, bien halladas cuando les da movimiento y expresión la vida misma, pero inoportunas cuando se reproducen por medios artificiales. Ventajas son estas, que estiman en mucho las mujeres. Algunas estarán agradecidísimas á Padró.

Después de todo, embellecer lo que se copia es principio fundamental de no pocas escuelas artísticas. El naturalismo que va en fealdades más allá de la monstruosidad imitada, no pasará de ser una secta de fanáticos y utopistas, apta para la propaganda en teoría, pero inepta para la práctica y el aplauso. No es el artista, objeto de estas líneas, afecto á tales extravíos en el modo de comprender y realizar la belleza; antes, lo delicado, lo intimamente poético, lo luminoso de la idea que abrillanta todo accidente material, son partes componentes de su genio pictórico.

Por esta razón, las pinturas simplemente decorativas, el otro género en que descuella Padró, son, bajo su pincel, verdaderos cuadros. Prodigio de variedad, de colorido, de composición, es el salón de sesiones del palacio de la diputación provincial de Zamora, que hace años decoró espléndidamente este artista. Los diversos trabajos que le adornan constituyen

un conjunto genial, en que la tradición del lugar da la mano á los refinamientos del más depurado gusto moderno. Lo mismo puede decirse del *Monumento conmemorativo* de la inauguración del ferrocarril Gumá, de Villanueva y Geltrú. En él, una fecha de la industria se eleva á la categoría de un acontecimiento histórico y bello.

Actualmente—y es esto lo que con más particularidad motiva nuestro artículo—Padró ha decorado magistralmente el techo y sala del Anfiteatro de San Carlos. Aquello es una maravilla. Lo exigido oficialmente fué lo que sigue: «Un techo con fondo cielo y aleyorías alusivas á las ciencias anatómicas.» Estas palabras, que apenas dicen nada á la fantasía, pudieron crear en otra mente, algo así como el techo de un café, vistoso y atractivo pero sin esfuerzos por llegar á cimas supremas.

No hay que decir que el tema era de suyo árido, propenso al amaneramiento, y, sobre todo, ceñido en los límites formularios del simbolismo de una ciencia, cuando no abstrusa, poco asequible á la comprensión general. Las solas dimensiones de las paredes, que se habían de cubrir con masas de color, reclamaban más bien que el fino y escrupuloso perfil del artista, la brocha gorda del obrero. En aquella descomunal extensión no vió sin embargo, el Sr. Padró, otra cosa que el vacío de un mundo que había que sacar de lo increado; sin consultar, pues al tiempo, ni—forzoso es decirlo—el dinero otorgado por el Estado, lanzose á su obra extraordinaria, imposible casi, sin reparar en obstáculos, engrandeciendo las propias fuerzas, como soldado que entra en batalla con superior enemigo.

Se escribiría un poema—y ¡qué gigante sería si el ilustre amigo de Padró, el poeta Zorrilla, lo hiciera—con los secretos sufrimientos las traidoras contrariedades con que durante la larga época de la ejecución de la obra, ha luchado, y que al fin ha vencido el pintor. Ya le tenemos triunfante. Ya la Escuela de Medicina tiene al lado de sus aulas un monumento artístico de rarísimo mérito. El aspecto tristísimo de todo anfiteatro anatómico, ha desaparecido merced al influjo divino de la belleza. La lugrubre del antiguo recinto destinado á la disección se ha inundado de claridad con la hermosa obra de Ramon Padró.

Aunque brevemente, examinémosla.

A causa de la escasa altura del techo, al par que de su excesiva amplitud, es necesario contemplarla desde sitios opuestos. Si os quedais en la puerta de entrada, de repente se abre á la vista un trozo de cielo pero de un cielo fuertemente azulado. Esta enérgica nota, que se halla colocada en el centro del techo; presta vigor á toda la composición, á las gradaciones infinitas de luz con que están dispuestas las varias agrupaciones del inmenso cuadro. Es como si digéramos la mano poderosa que empuja las riendas de colores que van á todos lados, marcando la dirección material, y como tectina, de las partes de que se compone la obra.

Pero en el sentido ideal, es otro el hilo que debe conducirnos en este océano de figuras. Poneos en medio del anfiteatro; apoyaos en la mesa de mármol—no tengais miedo; no hay ningún cadáver—que sirva para el estudio de humano cuerpo volved la cara hácia la ancha vidriera que dá paso al sol, y encima, en aquella explosión de rayos dorados, muy semejante á una gloria de Murillo, empieza la composición. Es la overtura de esta ópera de matices, el templo de Delfos, coronado por la estatua de Minerva. El *Nosce te ipsum* de Platon mirase escrito en una banda de fulgores. Dan vuelta dioses tales como Apolo, Esculapio, Centauro y otros padres, más ó ménos fabulosos de la Medicina.

Siguen en artístico círculo, alrededor del techo, las personificaciones de los diferentes periódicos de progreso ó atraso, porque han pasado las ciencias médicas y anatómicas. La oscuridad primitiva se ve solo alumbrada por los rojizos resplandores de las piras en que se sacrificaban víctimas humanas. De estas inmolaciones se coligieron rudimientos acerca de nuestra conformación interior. Hipócrates se

desprende de este grupo, avanzando, con un cráneo en la mano, que muestra al cielo, como preguntándole sus misterios. La actitud de la rodilla que sobresale de las nubes, así como la del brazo que interpela—permitidme la expresión—son propias y caracterizan con potencia al gran personaje. Meditando sobre un perro y un hombre, abiertos, están al lado Aristoto y Proxágoras, á quienes se atribuyen algunos descubrimientos de anatomía comparada.

Todo esto yace envuelto en tinieblas. Pero no lejos, divisase un laguito de cruz, un misterioso alborear, que simboliza la leve é indecisa aurora de la ciencia. Aquel amanecer suavísimo bajo negruras de noche, es como una pupila azul y rosa que luce entre párpados de sombra. Detrás de una sangrienta esfinge egipcia, se extiende, aún en medio de brumas, la escuela de Alejandría con Herófoles y Erasistrato á la cabeza. Ya, delante de cadáveres, se practican positivamente las disecciones. Son importantes accesorios de este grupo las cajas mortuorias, las momias embalsamadas que le rodean; juntamente con las personas que intervienen en la escena, pintan el lugar en que se desarrolla.

El verdadero y formal estudio de la anatomía se halla bien interpretado en la agrupación en que aparece Galeno y sus discípulos. Aquél levanta el sudario de un muerto, desplegando al mismo tiempo un pergamino en que se comprende encerrada la ciencia innovadora. Antes de esto, muéstrase el estacionamiento de la anatomía por medio de algunas figuras cubiertas de velos, y aletargadas por el sueño. Como es sabido, despues de Galeno viene otro período de oscuridad ó de vacilación para esta clase de enseñanzas. Los árabes, sin embargo, tienen aquí á Rhazes Avicena, absorbidos en la lectura de unos libros. Mondino de Luzzi disecciona en una plaza de Bolonia varios cadáveres de mujeres, en 1315. Este hecho, que hizo adelantar los experimentos anatómicos, está tratado en el cuadro de Padró con gran sagacidad y poesía. Los cuerpos desnudos de las mujeres muertas se apiñan, destacando los dorsos y muslos. Estas hermosas formas femeninas, empalidecidas, es verdad, por la muerte, son un contraste dulce en la severidad de la obra.

La figura capital del cuadro es Vesalio. Adelántase hácia el centro en ademán de victoria. A sus espaldas se reúnen sus contemporáneos, ya prosélitos de sus descubrimientos, ya impugnadores de su doctrina. Un cadáver sostiene en un brazo, mientras que con el otro parece demostrar el glorioso contento que baña su rostro. No es su gesto el del guerrero que toma por asalto una plaza, y pregona su hazaña sino el del profeta que anuncia un bien, que, él conoce, á la posteridad. Vesalio es por sí solo, un cuadro perfecto. Las carnes grises del cadáver resaltan diestramente sobre la vestimenta aterciopelada del sabio. No hay demacración en éste, según costumbre en la pintura de hombres de estudio. Por el contrario, su musculatura robusta indica el fresco temple de una voluntad que no podría menos de ganar éxitos.

Más allá, se destaca nuestro insigne Servet. A continuación, y también constituyendo grupos de personas, ataviadas exactamente con los trajes de las épocas y países en que florecieron, siguen los hombres más doctos que, en los siglos XVII y XVIII, han consagrado su inteligencia al progreso de la Medicina. Por último, y tocando al de Delfos, punto inicial de la composición, los tiempos actuales exhiben sus inventos, sus adelantos, sus indagaciones, cerrando á manera de la sierpe simbólica que se muerde la cola, el círculo que el pincel de Padró ha recorrido paso á paso con la Historia.

Como remate ó pedestal de la agrupación relativa á Vesalio, pájaros de brillante plumaje, ramas de vegetación tropical y una esfera, forman como un haz emblemático del descubrimiento del Nuevo-Mundo, de la Imprenta, del Telescopio y demás maravillas del Renacimiento.

Se ve, pues, cuán vasta es esta creación con sólo enumerar lo que en ella se contiene. Sin embargo, es algo más. Lo que pudiéramos

llamar episodios parciales, aunque aislados en sí, se eslabonan con el concepto total en una armonía estudiadísima de entonaciones y perspectivas. La luz es la gran cadena de oro que ata estas joyas del arte unas con otras. Hay tanta unidad en la composición, á pesar de variedades tan múltiples, que todas las acciones, acaecidas durante siglos, aparecen allí como ocurridas en un día y una noche. A los crepúsculos arrebolados, al medio día relampagueante, á las horas nocturnas, á la mañana sonrosada, á la tarde amarilla, corresponde otros tantos momentos en que la ciencia despierta, se levanta, se adormece, sonríe y se postra desfallecida. Pocas veces, en suma se han visto armonizadas tantas ideas por modo tan hábil é inspirado.

Esto, en cuanto á las pinturas decorativas del techo, cuyo lienzo mide 230 metros cuadrados. Entra luego la ornamentación de la escocia y muros. La escocia, que tiene tres metros de altura, comprende 20 retratos de profesores del Real Colegio de Medicina y Cirugía de San Carlos, desde Guibernat hasta Sanchez Toca. Los muros, de tan año más del natural, ostentan 12 matronas, representando otras tantas asignaturas de las que se profesan en dicho establecimiento. Estas matronas simbólicas van acompañadas de sus atributos correspondientes. Todo ello está ejecutado con esmerado gusto.

Tal es la última obra pictórica de Padró. Joven es, y de no comunes alientos. Veremos qué maravilla para su próxima empresa artística, nos tiene reservada entre los apuntes de su cartera.

JOSÉ DE SILES.

LA LUNA

(A mi esposa)

Ya del Oriente en el confin profundo
La luna aparta el nebuloso velo,
Y leve sienta en el dormido mundo
Su casto pié con virginal recelo.

Absorta allí la inmensidad saluda,
Su faz humilde al cielo levantada;
Y el hondo azul con elocuencia muda
Orbes sin fin ofrece á su mirada.

Un lucero no más lleva por guía,
Por himno funeral silencio santo,
Por sólo rumbo la región vacía
Y la insondable soledad por manto.

¡Cuán bella, oh Luna, á lo alto del espacio
Por el turquí del éter lenta subes,
Con ricas tintas de ópalo y topacio
Franjando en torno tu dosel de nubes!

Cubre tu marcha grupo silencioso
De rizos copos que tu lumbre tiñe;
Y de la Noche el iris vaporoso
La régia pompa de tu trono ciñe.

De allí desciende tu callada lumbre
Y en argentinas gasas se despliega,
De la nevada sierra por la cumbre
Y por los senos de la umbrosa vega.

Con sesgo rayo por la falda oscura
A largos trechos el follaje tocas,
Y tu albo resplandor sobre la altura
En mármol torna las desnudas rocas;

O al pié del cerro do la roza humea,
Con el matiz de la azucena bañas
La blanca torre de vecina aldea
En su nido de sauces y cabañas.

Sierpes de plata el valle recorriendo,
Vénse á la luz, las fuentes y los ríos,
En sus brillantes roscas envolviendo
Prados, florestas, chozas y plantíos.

Y yo en tu lumbre difundido, ¡oh Luna!
Vuelo al través de solitarias breñas
A los lejanos valles, do en su cuna
De umbrosos bosques y encumbradas peñas

El lago del desierto reverbera,
Adormecido, nítido, sereno,
Sus montañas pintando en la ribera
Y el lujo de los cielos en su seno.

¡Oh! y son estas tus mágicas regiones
Donde la humana voz jamás se escucha,
Laberintos de selvas y peñones
En que tu rayo con las sombras lucha;

Porque las sombras odian tu mirada;
Hijas del caos, por el mundo errantes,
Náufragos restos de la antigua Nada,
Que en el mar de la luz vagan flotantes.

Tu lumbre, empero, entre el vapor fulgura,
Luce del cerro en la áspera pendiente.
Y á trechos ilumina en la espesura
El ímpetu salvaje del torrente;

En luminosas perlas se liquida
Cuando en la espuma del raudal retoza,
O con la fuente llora, que perdida
Entre la oscura soledad solloza.

En la mansión oculta de las Ninfas
Hendiendo el bosque, á penetrar alcanza,
Y alumbrando al pié es despeñadas linfas
De las Ondinas la nocturna danza.

A tu mirada suspendido el viento,
Ni árbol ni flor en el desierto agita;
No hay en los séres voz ni movimiento:
El corazón del mundo no palpita...

Se acerca el centinela de la Muerte;
¡Hé aquí el Silencio! Sólo en su presencia
Su propia desnudez el alma advierte,
Su propia voz escucha la Conciencia.

Y pienso aún y con pavor medito
Que del Silencio la insondable calma
De los sepulcros es tremendo grito
Que no oye el cuerpo y que extremece el alma.

Y á su muda señal la Fantasía
Rasgando altiva su mortal sudario
Del infinito á la extensión sombría
Remonta audaz el vuelo solitario.

Hasta el confin de los espacios hiende
Y desde allí contempla arrebatada
El piélago de mundos que se extiende
Por el callado abismo de la Nada!...

El que vistió de nieve la alta sierra,
De oscuridad las selvas seculares,
De hielo el polo, de verdor la tierra,
De blando azul los cielos y los mares;

Echó también sobre tu faz un velo,
Templando tu fulgor, para que el hombre
Pueda los órbes numerar del cielo,
Tiemble ante Dios y su poder le asombre!

Cruzo perdido el vasto firmamento,
A sumergirme torno entre mí mismo,
Y se pierde otra vez mi pensamiento
De mi propia existencia en el abismo!

Delirios siento que mi mente aterran...
Los Andes á lo lejos enlutados
Pienso que son las tumbas do se encierran
Las cenizas de mundos ya juzgados...

El último lucero en el Levante
Asoma, y triste tu partida llora:
Cayó de tu diadema ese diamante,
Y adornará la frente de la Aurora.

¡Oh Luna, adios! Quisiera en mi despecho
El vil lenguaje maldecir del hombre,
Que tantas emociones en su pecho
Deja que broten y les niega un nombre.

Se agita mi alma, desespera y gime,
Sintiéndose en la carne prisionera;
Recuerda al verte su misión sublime,
Y el frágil polvo sacudir quisiera.

Mas si del polvo libre se lanzara
Esta que siento, imagen de Dios mismo,
Para tender su vuelo no bastara
Del firmamento el infinito abismo;

Porque esos astros cuya luz desmaya,
Ante el brillo del alma, hija del cielo;
No son siquiera arenas de la playa
Del mar que se abre á su futuro vuelo.

DIEGO FALLÓN

LAS TRADUCCIONES

Burlábase D. Quijote con la discreta ironía
que él sabía manejar como nadie, del pobre

traductor de *Le Bagatelle*, y entre otras cosas le decía:—«Yo apostaré una buena apuesta que á donde diga en el toscano *piace*, dice vuestra merced en el castellano *place*, y donde diga *pin* dice *más*, y el *su* declara con *arriba* y el *gin* por *abajo*.

—Si declare, por cierto—dijo el autor,— porque esas son sus propias correspondencias.

—Osaré yo jurar—dijo don Quijote—que no es vuesa merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios ni los loables trabajos. ¡Qué de habilidades hay perdidas por ahí! ¡qué de ingenios arrinconados! ¡qué de virtudes menospreciadas! Pero con todo esto, me parece que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revés, que aunque se vea las figuras son llenas de hilos que las oscurecen, y no se ven con la lisura y tez de la faz; y el traducir de las lenguas fáciles no arguye ingenio ni elocución, como no le arguye el que traslada ni el que copia un papel de otro papel.»

Esta sentencia de Cervantes que copio con tal extensión, puede aplicarse á los traductores que por aquí se usan, con algunas excepciones, como también de ella exceptuaba D. Quijote á Cristóbal de Figueroa y á Juan de Jauregui, traductor el primero del *Pastor Fido* y el otro del *Aminta*. Es ciertísimo que traducir, como generalmente se hace, del francés, del italiano ó del inglés, no arguye ingenio ni otro mérito que el de aplicar tiempo y trabajo en un modo de ganar el pan, no siempre honrado.

La diferencia que Cervantes establecía entre las lenguas griega y latina y las vulgares, estaba fundada en razones sólidas, pues siendo aquellas de las llamadas muertas y de contracción sintética, ofrecen por uno y otro respecto mayor dificultad que todas las modernas de los países cultos, que son analíticas y se pueden aprender de quien las habla.

Si Cervantes no extiende á otras lenguas antiguas el privilegio de la dificultad y del mérito consiguiente, es porque en su tiempo el Renacimiento no abarcaba la civilización Oriental, y no se hablaba entonces de sanscrito por estas tierras, ni de las literaturas de Oriente.

Atendiendo bien á las palabras que he copiado, se ve que Cervantes de quien se burla es de los malos traductores, y el haber establecido aquella distinción á favor de Figueroa y de Jauregui lo prueba. Del traductor de *Aminta* había dicho ya Alonso de Acevedo:

Mas vino de la Bética ribera
un joven de gallardo ingenio y brío;
y *Aminta* por el doctor sevillano
dejó su patria y amistad primera,
y ya en el Betis, en estilo hispano
canta olvidado de su lengua y río.

Cuando se pueda decir esto de un traductor justamente, es claro que siempre habrá que exceptuar al que lo merezca de esa nota despectiva que Cervantes arroja sobre los traductores de oficio.

En el traducir es condición esencial, pero mérito secundario, el conocer la lengua de que se traduce. Si se trata de traducción propiamente literaria y de obra que lo sea también, las demás cualidades que se exigen son de índole mucho más excelente y rara que el conocer un idioma, ventaja que puede poseer un hombre vulgar medianamente aplicado. Para traducir literatura hay que ser literato; para traducir obras donde el buen gusto tiene que penetrar la idea y el arte del autor, se necesita un artista de buen gusto también y habil para hacer en el propio idioma los primores que el original hizo en el suyo; y si de menes necesita la invención (y aún ésta en cierta parte también es suya) tiene el nuevo trabajo de sujetarse á pensamiento ajeno y de buscar equivalencias en efectos de lenguaje que no siempre parecen fácilmente y á veces no quieren parecer.

Por eso estaba tan orgulloso Chateaubriand de su traducción de Milton, teniéndola por superior en mérito á muchas de sus obras originales famosas.

A estas alturas es claro que la facilidad de la lengua de que se traduce ó su dificultad es circunstancia secundaria. Si se admira á tal traductor de Horacio y se menosprecia á otro, no será porque sólo aquel supiera latín, sino por condiciones de hablante y de artista que el uno resta y el otro no, aún suponiéndoles á los dos buenos gramáticos.

Cuando un buen ingenio se enamora de otro que escribió en lengua extraña, viva ó muerta, antigua ó moderna, sabia ó vulgar, y quiere comunicar su entusiasmo á los suyos trasladando hasta donde es posible la obra de arte concebida por otro hombre y nacida en otro idioma al propio modo de sentir, entender y hablar, entonces es cuando se puede decir que hay una traducción verdadera, es decir, aproximadamente justa.

Hacen sonreír esos traductores vulgares, los que saben que *gin* es *debajo* y *su*, *arriba*, cuando en sus prólogos y advertencias nos vienen diciendo que lo han sacrificado todo á la *exactitud*.

Si, cierto es que *todo lo han sacrificado*, y sobre todo la lengua patria; pero no á la exactitud. Ni es verdad que se puede traducir palabra por palabra de una lengua á otra, si se han de conservar los fueros de cada una, y aún tampoco siempre aun sacrificando aquella á que se traduce, ni se puede llamar exactitud á esa equivalencia léxica, fría y seca que es á lo más á que puede llegar al traducir á un artista de la palabra el que no lo es.

Pues no se diga nada de los atrevidos caballeros que nos advierten, para prepararnos á sus temeridades, que la letra mata y el espíritu vivifica, y que ellos van á traducir, no la letra, no la *vana forma*, sino el espíritu de Dante, ó de Shakespeare ó al Espíritu Santo en persona, si se les pone por delante.

¡Traducir! empresa que de puro fácil es despreciable, como Cervantes decía, cuando se trata de los que entienden que para tal empeño les basta conocer ambos idiomas; ¡traducir bien! empresa muy ardua y que exige, á más de facultades rarísimas, virtudes no menos raras, como la modestia, la resignación y la fe; que se necesita te especial para consagrar grandes esfuerzos y un propósito cuyo resultado nunca puede pasar de mediano.

Porque no se olvide que, aún supuestas las condiciones más excelentes en el traductor, ni la gloria es nunca grande ni ha de dejar de cumplirse lo que Cervantes dice: que el tapiz ha de verse por el revés. Es esto ley de naturaleza de las obras literarias y de la índole de las lenguas. Supongamos un genio traduciendo á otro genio de parecido carácter; pues en la traducción siempre habrá menos luz para uno y para otro, el genio que traduce no está todo él en su traducción, es claro; y el genio traducido... no puede estar tampoco.

Y ahora, lector amigo, demos un salto de estas alturas hipotéticas á la realidad corriente, á saber: los traductores que todo lo traducen del francés, y que ni son artistas ni saben francés siquiera, ni siquiera castellano.

Si, esto es lo usual. Aquí los literatos desdennan el trabajo improbo que no desdeñó un Gallego, ni desdeñó un Valera, ni desdeñaron los Schelegel, ni Goethe mismo. Cuando en un país hay un renacimiento literario, uno de sus síntomas principales es un gran trabajo de asimilación, mediante el estudio que hacen los más insignes escritores nacionales de los libros extranjeros, pasando á los propios los dechados del arte que nacieron fuera de la patria. Ahora lo entendemos de otro modo en España. ¿Quién traduce las obras de los literatos contemporáneos ingleses, alemanes, rusos é italianos? Nadie. ¿Y las de ese prosista, realista francés que tanto llaman la atención en todas partes? Esas las traducen... los que necesitan para ello un diccionario de bolsillo.

Y la prensa, por halagar, á las empresas y hacerlas vender sus productos, elogia sin medida las tales traducciones, y hasta juzga del original por ellas.

¿Qué más? Hasta críticos serios y muy encoquetados han hablado entre nosotros de Zola,

de Daudet, etc., etc., por las traducciones que corren por ahí en manos del vulgo.

¡Zola ha traducido por... tente, pluma!

Un estilista en manos de un mozo de cordel literario.

Hay que insistir en esto.

Pues ¿y las traducciones de los clásicos?

¿Y las traducciones de los poetas, hechas en verso castellano? Soberbio asunto para ser visto con detenimiento.

Todo se andará, para llegar al fin, á decir algo de algunas traducciones recientes que he recibido, y que, por un concepto ó por otro, merecen ser señaladas.

CLARIN.

CONGRESO DE VINICULTORES DE 1886

TEMA SEGUNDO

Medios de disminuir los precios de transporte y de aumentar la exportación general de nuestros vinos.—Conveniencia de celebrar nuevos tratados de comercio.—Mercados nuevos que podrían abrirse para la colocación de nuestros vinos; creación de Sindicatos y Agencias en los principales mercados extranjeros; mayor intervención de los agentes consulares en las transacciones; nuevas líneas de vapores que podrían establecerse.

DICTAMEN FORMULADO POR EL VOCAL DE LA COMISIÓN EJECUTIVA DON JUAN MAISONNAVE.

Una equivocación ha hecho incurrir á los dignos individuos de la Comisión organizadora de este Congreso, en el error de designarme para desarrollar el tema segundo de los presentados á discusión.

Trata éste de los medios de facilitar la exportación de nuestros vinos.

Este punto es de los más difíciles de cuantos están sometidos á la deliberación del Congreso; porque su desarrollo comprende ramos tan distintos como el de fabricación, mezclas, graduación alcohólica, envases, transportes, conocimiento de los mercados del país y del extranjero, y otros que no pueden ocultarse á la penetración de los señores representantes.

Medios de disminuir los precios de transporte y de aumentar la exportación general de nuestros vinos.

Lo primero que hay que tratar es el medio de disminuir el precio de transporte de los vinos. Llamo la atención del Congreso sobre las contestaciones que dan las provincias al interrogatorio circulado por el Consejo superior de Agricultura, que se han extractado en el dictamen de la información vinícola. Los pueblos y los propietarios se quejan de lo excesivos que resultan los precios de transporte por los caminos de hierro, cuyas Compañías, encastilladas en su exclusivismo, y no temiendo la concurrencia; imponen leyes á su antojo y hacen que la agricultura no tenga más remedio que doblegarse á ellas.

Las quejas contra las Compañías vienen de todos lados; y justas serán cuando el gobierno y las Sociedades han nombrado Comisiones que estudien las tarifas y propongan reformas convenientes. La última nombrada por el Gobierno con fecha 26 de Junio de 1882, compuesta de Diputados y Senadores, presentó un luminoso informe, producto de un detenido estudio en esta materia tan compleja, en el que se examinan las leyes de concesión y los pliegos de condiciones; se estudian las tarifas generales y reducidas, señalando los abusos á que dan lugar y las iniquidades que á su sombra se cometen, y las tarifas combinadas con redes extranjeras, indicando los perjuicios que se irrojan á puertos extranjeros; se censura la apatía del Gobierno con la negligencia que muestra en exigir el cumplimiento de los deberes de las Empresas en todo cuanto se refiere á la explotación, por la falta de muelles, de doble vía, de apartaderos y de material necesario, y se proponen los medios de satisfacer las exigencias justísimas de la opinión, para que los intereses del comercio, de la agricultura y de industria no estén por más tiempo á merced de esas Empresas, y no sean una rémora para su desarrollo en vez de ser un poderoso auxiliar de nuestra riqueza.

El Congreso mercantil recientemente reu-

nido en esta capital, haciéndose eco de los clamores del comercio, ha nombrado una Comisión permanente de su seno para combatir esos males ¡Ojalá alcance el pronto y eficaz éxito que todos deseamos!

La construcción y conservación de nuevas carreteras, caminos vecinales y rurales, es asunto interesantísimo también al vinicultor; y para conseguir esto, así como la rebaja de las tarifas de ferrocarriles, sería conveniente que los vinicultores encargasen á sus Diputados que ante las Cortes y ante el Gobierno interpusieran su influencia y reclamasen un día y otro las necesidades que en este punto tienen los pueblos, con el fin de abaratar los precios de transportes por medio de construcciones de nuevos caminos, y consigan la unificación y baja de las tarifas de los ferrocarriles.

No es de menos valía para el cosechero de vino la cuestión de transportes que la de consumos, con que el Gobierno y los Ayuntamientos gravan de modo tan exorbitante un artículo de primera necesidad como es el vino.

El vino, como dice M. Guyot, es la bebida más preciosa y enérgica: su uso habitual economiza un tercio de pan y de carne; estimula las fuerzas del cuerpo, desenvuelve el espíritu de sociabilidad, da la actividad, la decisión, el valor y la satisfacción en el trabajo y en todas las acciones.

Pues ese artículo tan necesario para la vida, á más de los excesivos transportes y de sus contingencias, se le graba con un impuesto de consumos para el Estado que asciende de 2'50 hasta 12'50 pesetas el hectolitro y se autoriza el recargo del 100 por 100 para arbitrio de los Municipios, con lo cual tiene que pagar un derecho mayor de 11, 13, ó 16 reales la arroba de vino, según las poblaciones sean de más de 20.000, 40.000 ó 100.000 habitantes. Cuanto más alto resulte el precio, más difícil es adquirir el vino al que necesita reponer las fuerzas perdidas en el trabajo, á no ser que lo sustituya con licores fabricados con los aguardientes de industria de procedencia extranjera, que tan perjudiciales son á la salud.

Por otra parte, el comercio, que necesita hacerse la competencia para mayor venta, busca todos los medios de abaratar la mercancía; y como los derechos de consumo en el vino son tan elevados, busca el medio de aumentar la cantidad del líquido con agua, alcohol y drogas, resultando una mezcla que, en vez de ser una bebida saludable, es una pócima dañosa á la salud, cuanto más excesivos son los impuestos y menos cuidados tomen las autoridades en la vigilancia de las bebidas.

Conviene, pues, para aumentar el consumo del vino en el interior de España, que se rebajen las tarifas de consumos; y para que el Estado no se prive de los ingresos que hoy tiene, se podría repartir la diferencia entre otros artículos de lujo que no estén en los comprendidos en las categorías de los de comer, beber y arder, los cuales no pueden soportar grandes recargos á los precios de coste, porque dificulta la buena nutrición á las clases trabajadoras, originando muchas enfermedades y arrancando al trabajo grandes y poderosas fuerzas.

Conveniencia de celebrar nuevos tratados de comercio

Los tratados de comercio se hacen en el terreno mercantil, como los convenios de paz se hacen en el campo de batalla, basándolos en la compensación y la reciprocidad.

Si una de las partes contratantes obtiene más ventajas que la otra, entonces la reciprocidad no existe en lo que se contrata.

Por eso al concertar un tratado de comercio debe meditarse y estudiarse bien todas sus ventajas; se debe calcular con la exactitud posible lo que producimos y lo que introducimos del extranjero, así como lo que produce la nación con quien vamos á contratar y lo que nosotros necesitamos de ella, á fin de que los beneficios que consiga una no sean daño para la otra: otra cosa no es un tratado; es una transacción ó acaso una humillación.

Hay que estudiar nuestra producción vinícola; lo que nos sobra y lo que podemos ex-

portar al extranjero; qué artículos nos faltan de las naciones con quien contratamos y con qué condiciones podemos admitirlos; sin olvidar nunca que las naciones deben contratar siempre sobre la base de buena fe, sin buscar sutilezas para recargar, como pretende Francia, los derechos interiores á un producto extranjero comprendido en el tratado, por más que se apliquen con otra denominación, que al cabo y al fin resultan nuevos derechos á las mercancías y hacen aumentar su coste.

El comercio que ha puesto en movimiento la producción de todos los países de mundo, y que visito y estudia todos los pueblos de la tierra y nos proporciona noticias, precios, datos estadísticos, etc., se lisonjea en proporcionar un producto determinado á menos precio que lo puede dar la industria nacional.

En medio de esta lucha entre comerciantes é industriales, están los aranceles y los tratados de comercio, que son el terreno neutral de los exageraciones de los unos y de los otros; y en este terreno neutral debemos aspirar á que los resultados que se buscan no sean ilusorios, como sucedería si se llevase á cabo el tratado con Inglaterra, si no desapareciera la condición velada que impone de reservarse la libertad de tratar de diferente manera los vinos inferiores á 15 grados Sykes. Es decir: España quedaria obligada á recibir las producciones inglesas con los derechos que se aplican á la nación más favorecida; pero Inglaterra se reserva el de bajar los de los vinos que no pasen de 15 grados Sykes, sabiendo que Francia es sola la nación que puede sacar partido de esta condición, y que desde hace tiempo viene preparando el trabajo.

A esta condición debemos oponernos los vinicultores españoles, porque sería ilusorio el citado tratado con Inglaterra, que sólo favorecería á la nación vecina.

A más de los buenos tratados con las naciones europeas que favorezcan la exportación de nuestros vinos, necesitamos llevar á cabo otros con las Repúblicas americanas, cuyos mercados, si los atendemos, han de ser de un gran porvenir para nuestra viticultura y nuestra nación.

En el transcurso de los años de 1850 á 1884 se ha cuadruplicado la exportación de vinos para América, como se ve en el siguiente estado:

EXPORTACIÓN DE VINOS Á AMÉRICA

	1850		1884	
	HECTOLS.	VALOR Pesetas.	HECTOLS.	VALOR Pesetas.
Cuba.....	185.465	3.611.806	409.732	15.145.499
Brasil.....	7.407	154.815	7.691	275.537
Ecuador, 1852 y 1853..	23.692	1.117.095	5.153	355.977
Estados Unidos.....	23.692	1.117.095	63.531	4.172.100
Chile.....	31	3.930
Guatemala.....	993	34.451
Honduras.....	1.954	7.589
Méjico.....	13.081	1.169.056	24.330	1.698.512
Nueva Granada.....	8.792	777.497
Perú.....	14	210	158	6.524
Plata.....	28.098	833.153	385.679	14.615.948
San Salvador.....	80	2.850
Santo Domingo.....	1.579	44.116
Uruguay.....	1.412	60.535	199.250	7.927.139
Venezuela.....	6.276	388.846	11.655	898.283
	265.645	7.385.475	1.120.539	46.023.498

Leído el estado, se ocurre preguntar: si este aumento es debido exclusivamente al trabajo individual y teniendo que luchar con derechos elevados, ¿qué aumento no podría obtenerse si hiciéramos buenos tratados de comercio que permitieran la introducción de nuestros vinos á bajo precio y aumentara el consumo?

Productos tienen aquellas Repúblicas que surten nuestros mercados, como son: cafés por 150 toneladas; cacao, 5.000; algodón, 41.000; cueros, 3.600; grasas, 2.000, y otros muchos artículos que sería ocioso enumerar, y sobre los cuales podríamos hacer concesiones en los derechos arancelarios á cambio de los que hiciesen á nuestros vinos.

Venamos dificultades y concertemos los tratados que nos convengan.

Mercados nuevos que podrían abrirse para la colocación de nuestros vinos.

Los mercados extranjeros en el Mediterráneo, excepto Francia, no han de ser de gran importancia para la exportación de nuestros vinos. Los del Norte de Europa, y, sobre todo, los de América, son los que deben llamar nuestra atención.

Muy al contrario de desatender los mercados con quienes hoy hacemos comercio de vinos, debemos buscar facilidades, sobre todo en aquellos puertos como Liverpool, Londres, Hamburgo, Rotterdam, Amberes, Havre, Burdeos y otros varios, que son los centros de depósito y contratación para todo el mundo.

En los mercados de Rusia, Suecia y Noruega y Dinamarca, con los que no tenemos grandes relaciones, darían un gran resultado las comisiones ó agencias, porque va aumentando cada año la exportación directa á aquellos países, como se ve comparando nuestras balanzas de 1850 con las de 1884; cuyas diferencias de aumento podíamos llamar la brújula de lo que sería nuestra exportación si se quitaran trabas al comercio.

Sobre los mercados de América es sobre lo que se debe trabajar muy fijamente y estudiar todos los pormenores que se rozan con la introducción de vinos de las demás naciones, porque son de un gran porvenir aquellos mercados para el comercio y consumo de los nuestros.

No nos fijemos en puertos determinados, porque todas aquellas Repúblicas son de importancia para nosotros; sobre todo, aquellas en que se habla nuestro mismo idioma y se conserva el recuerdo de nuestra España.

Creación de sindicatos y agencias en los principales mercados extranjeros.

Nadie duda de la inmensa importancia que tendría para la mayor exportación de los vinos españoles la creación de sindicatos y agencias en los principales mercados del extranjero, compuestas de españoles; y donde no los hubiese, de extranjeros caracterizados en el comercio y con interés por el desarrollo de nuestra riqueza, presididos por el representante de España en la localidad.

Estos centros darían un gran resultado para nuestro comercio de vinos, porque serían los defensores y protectores del comercio de buena fe, y el fiscal para los adulteradores y falsificadores: tendríamos seguridad de poder obtener referencias de las casas más respetables sobre el envío de muestras, notas de precios, estado de los mercados, y cuantas noticias útiles pudiesen ser aprovechables para mejorar la elaboración de los vinos ordinarios á gusto del mercado consumidor, y todas las de interés para acreditar los vinos y dar desarrollo á la exportación.

Estas agencias y sindicatos están reclamadas por los vinicultores y el comercio, pues así ha obtenido Italia los resultados en su exportación vinícola: así Alemania hace la propaganda de sus producciones, habiendo llegado esta nación á enviar al extranjero buques con muestrarios de sus producciones, ofreciéndolos á todos los mercados que puedan explotar, y encontrando en cada uno de sus súbditos un agente, un mediador, un protector, y donde no los hay, facilitan los medios para que los haya.

Elementos tenemos también nosotros para desarrollar nuestro comercio, y estamos en el deber de ponerlos en práctica.

Cada buque que salga para un país extranjero convendría que llevase muestrario de nuestros vinos con notas de precios y condiciones, con lo cual se conseguiría que el mercado receptor conociera los puros y legítimos, y nosotros sabríamos qué clase agrada más, qué precios podrían alcanzar, qué gastos tienen, qué defectos se les encuentran y cuantas noticias pudiesen ser de interés para nosotros.

Si este Congreso acuerda que es conveniente la creación de estas Corporaciones, al Sr. Ministro de Estado toca el dar las órdenes para que los Cónsules creen en los países en que residen esos sindicatos y agencias.

Mayor intervención de los agentes consulares en las transacciones.

España tiene un numeroso é ilustrado Cuerpo consular establecido en las principales poblaciones extranjero.

Este Cuerpo tiene á su cargo, entre los asuntos de su competencia, los referentes al comercio, navegación, negociación y preparación de los convenios relativos á estos asuntos; la publicación de las Memorias consulares y de los datos estadísticos sobre navegación y desarrollo del tráfico internacional.

Como las atribuciones de estos funcionarios se rozan tanto con las cuestiones comerciales, y tan enterados deben estar del movimiento mercantil de la nación en que residen y de su demarcación consular particularmente, les sería altamente honroso y fácil el poder contribuir al engrandecimiento del comercio de vinos.

Si por el Ministerio de Estado se encargara especialmente á estos funcionarios la creación de sindicatos, agencias ó comisiones, á quienes el comercio español puede remitirle muestras de vinos, pedirle nota de precios y gastos, y todas las noticias necesarias, sería de un gran bien para desarrollar el comercio de este valioso producto.

Allí donde está el pabellón español debe existir el interés vivo del engrandecimiento del comercio nuestro; por eso á nuestros Cónsules, Vicecónsules y Agentes consulares les sería de gran satisfacción si el Sr. Ministro de Estado les encomendase las presidencias de los sindicatos ó comisiones, que darían sin duda alguna resultados satisfactorios y aun mayores que los que han dado en otros países.

Nuevas líneas de vapores que podrían establecerse

El comercio español de vinos con las naciones europeas no tiene que preocuparse por el temor de falta de elementos para sus transportes.

En 1884 han salido de nuestros puertos para los de Europa 8.265 buques de vapor y 3.376 de vela con carga, y 472 buques de vapor y 903 de vela con lastre.

Para América se han despachado en el mismo año de 1884, 897 buques de vapor y 883 de vela con carga, 16 buques de vapor y 78 de vela con lastre.

Las principales líneas de vapores á América subvencionadas por los Gobiernos de Alemania, Francia, Inglaterra é Italia, parten de los puertos de Hamburgo, Havre, Burdeos, Liverpool, Marsella y Génova, las cuales, por las subvenciones, pueden hacer los transportes á módicos precios.

Cuando se cree conveniente el establecimiento de una nueva línea de vapores, se subvencionan de la manera que los Gobiernos subvencionan á las Empresas de ferrocarriles, ó sufragan los gastos de una carretera; porque todo viene á redundar el beneficio de la nación.

A España conviene una línea de vapores que vaya á la América del Sur, á los puertos del Río de la plata, cuyo comercio de vinos se va desallando en favor de España, y no debemos consentir que otra nación nos posponga.

Otra línea debiera hacer los viajes á los centros de contratación, que crecerán con la apertura del istmo de Panamá, como son: Caracas, en la República de Venezuela; Cartagena y Panamá, en la de Nueva Granada. para terminar en Guayaquil, República del Ecuador.

Estas líneas estrecharían más las relaciones entre dichas Repúblicas y nuestra Península.

He desarrollado con brevedad el tema puesto á discusión, deseoso que los individuos del Congreso agregen su ilustrado parecer ó lo amplíen con su competencia al fin que todos nos proponemos.

Pero antes de terminar, séame lícito manifestar mi satisfacción al ver reunido en este Congreso á los viticultores españoles animados con el mismo espíritu que guió á los iniciadores de salvar la viticultura de nuestro país.

No me he equivocado en creer que este acto tendría resonancia; así como aseguro que, si persistimos unidos, no desmayamos en la empresa y el gobierno nos ayuda, no tardará

muchos años sin que los vinos de España tengan mercados en todos los pueblos de la tierra

JUAN MAISONNAVE.

A NAPOLEÓN

(DESPUÉS DE UNA LECTURA DE SU HISTORIA)

SONETOS

I

Sombra orgullosa en el tumulto aislada
lejos del mundo que delinque ó yerra,
fué tu figura impávida que aterra
para el maridreo pedestal formada.

Ni aborreciste ni adoraste nada;
tu mano, ansiosa de abarcar la tierra,
no acarició sino al corcel de guerra,
no estrechó sino el puño de la espada.

Ángel ó monstruo, ciclope ó enano,
añájanos su suerte ó nos asombre,
no estabas hecho en nuestro molde humano.

Tu única religión fué tu renombre,
y héroe, caudillo, emperador, tirano,
tan sólo ¡oh César! te faltó ser hombre.

II

Regías esclavas que al brutal serrallo
condujeras hollando sus pendones,
arrastraste en pos tuyo á las naciones
atadas á la crin de tu caballo.

Sobre él dictaste, cual supremo fallo,
tu voluntad á reyes y facciones,
é hiciste, al resplandor de las cañones,
cuartel á Europa, al pueblo tu vasallo.

Más ¡ay! maldice la funesta gloria
que los horrores del sangriento drama
habrá de eternizar con tu memoria;
pues para aquel contra quien sangre clama,
es un proceso criminal la Historia
y es un grillete espléndido la Fama.

H. FERRARI.

LECTURAS ESPAÑOLAS

Después del combate, novela por D. R. Urrecha.

Como el protagonista de esta obra es ingeniero, nada más lógico que dar comienzo á ella con un choque de personajes. Así se ve venir el descarriló. Como desde que se ve la manera tan cursi y tan tonta que tiene Roman de enamorarse en aquel baile de máscaras, y la mala prosa en que se enamora, sueña, baila y lo hace todo, se puede predecir que al pobre ingeniero no han de sucederle en toda la vida otra cosa que tonterías y desgracias. Efectivamente, el viaje á *Stulticia* da comienzo con el casamiento de Roman, y la locomotora ascendente, esto es, la del encontronazo en la ópera, y para el cual casamiento, ya el tío Aureliano, marino en seco, ha hecho todos los preparativos, incluso el de un ejemplar de *La perfecta casada*, que regala á la novia; ocurrencia que viene á ser la manzana de la discordia y lo que, como se dice vulgarmente, *mete la pata* en el matrimonio. Y la que pudiéramos llamar primera parte de la novela, concluye con la entrada de los novios en la alcoba nupcial, ante cuya puerta tiene el autor el mal gusto de quedarse con el dedo en la boca á guisa de desgarbado cupidon, ó creo que delega el cargo en un angelito, que de esto no me acuerdo bien.

Amanecerá Dios y medraremos, dice un refrán en ningún modo aplicable al presente caso, puesto que aquí nadie medra á no ser el angelito que al fin tendría la suerte de irse al cielo una vez concluida la guardia. Por lo demás, vamos de mal en peor; como que al menguar la *luna de miel*, nuestro héroe Roman, se encuentra con que su mujer, Virginia, es un enigma viviente, una esfinge, un párrafo de Sanz del Río, á quien le es de todo punto imposible descifrar ni comprender. Bien es verdad que el autor y el lector, la entendemos muchísimo menos; pero esta conformidad en

la manera de ver la cosa, no le proporciona consuelo alguno á Roman que pasa unos ratos feroces, en unión de su buen tío. La situación no pueden prolongarse, y el ingeniero resuelve irse á construir un camino no el de la felicidad, sino el de Arganda del Rey, determinación muy bien pagada, y al parecer, sin consecuencias. Véase con qué clásica naturalidad está urdido todo esto, y si encierra ó no miga el dichoso arrecifito.

Lo primero que se cae de su peso, es que en esta clase de obras hay siempre capataces; que los capataces suelen tener hijos, y aun hijas, y que siendo esto así, ¿dónde se iba á alojar el ingeniero sino en casa de un capataz que tuviera una niña muy mona, y sola por supuesto? como que se llamaba Soledad. ¿Y hay nada más racional que Roman procurará consolarse de los desdenes y abstinencias conyugales, se enamoró de la chica, la *pelifustrara* y la enseñara matemáticas, desde la *cuenta de la vieja* hasta el binomio de Newton, teniendo el miramiento de no explicarle por el pronto el tratado de *cruces y empalmes*? ¿Y no es el colmo de lo lógico y de lo sencillo el que Soledad, tanto para ser consecuente con su nombre, que sino se hubiera llamado otra cosa, como para poder irse á Madrid con su padrino á desenlazar la novela, tuviera que quedarse sola por completo? Pues vuelva á la carretera, que ella nos sacará con bien. Efectivamente, ¿en que carretera no se ocurre tener que construir el puente, y para construir el puente escabar los cimientos? ¿Y en que escavación de cimientos no se tropieza con rocas en las cuales haya que hacer volcaduras? ¿Y qué peñasco de los que saltan será tan menguado, que no mate por lo menos á un capataz, y máxime si este capataz es el condenado á morir allá en inexcrutables juicios del autor? Muere, pues, el capataz, padre de Solita, víctima de su implacable destino, y ya tenemos á la parejita libre y horra, camino de Madrid.

Más hé aquí que aquel Luisito, amigo de Roman, y á quien no habíamos visto hacia tiempo, vuelve á presentarse en escena, con la providencial misión de que el pobre ingeniero no disfrute una hora de paz, pues viene nada menos que á enamorarse de Solita, y á que ésta se enamore de él; y así sucede, en efecto. Y por si Roman no tuviese bastante con tamaño bellaquería, resuélvese su mujer de pronto, á sentir por él un cariño y unos celos, que no hay más que ver. Por que, ¿quién le hacía á ella convencerse de que todo aquel baboseo de Solita con su padrino en el jardín, no eran sino lícitas manifestaciones del espiritual parentesco? Nada, aquello no estaba bien, ni era decente, y para cortar por lo sano no quedaba otro remedio que el darle jicarazo á la muy mocosa.

Al llegar á este punto, confieso que quedéme encantado de la novedad con que se lleva á cabo el envenenamiento, pues está ya muy antiguo eso de dar un *lósigo*, y además se corre el peligro de que en la botica no nos lo despachen, ó que como al *Maestro de baile*, en lugar de veneno nos den *manensia*. Veamos ahora cómo sucedió.

Casualmente habíale advertido á Virginia su jardinero que cierta planta que por *casualidad* había en la estufa, y que se llamaba belladona, era venenosa; pues ya está todo hecho. Virginia baja al jardín, coge un puñado de aquellas bayas cuécelas en una taza de porcelana, que *casualmente* no salta á la llama de una lamparilla que por *casualidad* tenía en la mesa lavabo; y como *casualmente* en aquel momento Solita deliraba, le encaja el brevaaje, concluido lo cual, nuestra heroína echa un parrafito con una dolorosa muy mirona que tiene en su cuarto, se va de la casa, toma el tren, y

Toda llena de arrogancia
dá con sus huesos en Francia.

Allí tropieza, también por *casualidad*, con un convento, donde, según creo, permanecerá todavía hecha una santa.

Y hé aquí que cuando el lector vuelve de su excursión al extranjero, lo mejor que se fi-

gura es que Solita está ya en el otro mundo catándole a su buen padre las heridas que recibiera en el puente de marras. Pero, ¿cuál no será nuestra sorpresa y contentamiento al encontrarnos con que la simpática niña se halla sana y oronda como jamás estuvo, y por añadidura en visperas de casarse con Luisito? Cosa era para morir de alegría si tal exaltado estado emocional no tuviera el autor, la sabiduría de moderarnos con la negra tristeza de Roman, el que todo mohino y desesperado toma el camino de Africa, parte del mundo á la cual, como ya sabemos, se van las gentes *después de combatir*.

Y aquí dá fin la relación, que muy bien pudiera titularse: «El casarse mal y pronto.»

Ahora bien ¿Párecete al autor que con tener algun talento, viveza de imaginación, regular facilidad para mover la pluma, saber hacer bonitos artículos, y vislumbrar por remotísima idea lo que debe ser un buen libro, hay lo suficiente para escribir una novela, hoy que pasean por la mayor parte del mundo el carro triunfal de este género literario, las siluetas de Galdós, Alas, Valera, Pereda, La Bazan y Palacios Valdés? ¿Acaso no se necesitan para tamaña empresa, excepcional talento, sólida ilustración, ingenio, poderosa fuerza de observación, conocimiento del mundo, y sobre todo, ser verdadero y genuino artista?

Lo que al Sr. Urrecha le ha sucedido, es que, como procedente de esa capa primaria de la literatura, que se llama folletín, en la cual todas las faltas y oquedades son naturales y propias del terreno, al subir con su obra en la mano á la luz del sol y á tierra laborable, se ha encontrado con que no traía otra cosa que un fósil y de los más comunes y conocidos.

Por consiguiente, permitanos el Sr. Urrecha aconsejarle que se vuelva al folletín. Y si ha de hacer algun día algo regular, entonces que se separe de él para siempre y siga andando toda la vida en dirección opuesta y sin mirar atrás como hizo la mujer de Lot.

NATALIO VIDA.

QUINCE AÑOS

I

Cumpliste los quince años, lindísima chiquilla,
Ya vajas el vestido y al mundo vas á entrar;
Y con fugaz sonrojo tu cándida mejilla,
Cuando te mira un jóven, se empieza á colorear.
Así á vivir comienzan las niñas agraciadas;
Las miran y les gusta y empiezan á sentir,
Y vienen las palabras detrás de las miradas,
Y llenas de alegría las oyen repetir.

II

¡Cuidado! en torno tuyo risueños gavilanes
Con plumas de paloma ya empiezan á volar,
Y al verte tan hermosa te miran los galanes
Como la abeja mira la flor que vá á picar.
Dirante muchas cosas, dirante dichos bellos,
Palabras seductoras de dulce vibración...
¡Ay! niña, no les creas; sonriete con ellos,
Pero á ninguno entregues tu virgen corazón.

III

Es cierto que eres linda, cual blanca mariposa
Que liba en los jardines el cáliz de la flor;
Pero hay otra belleza mil veces más preciosa,
Belleza que en el alma derrama su esplendor.
De esa belleza pura tu frente es el reflejo,
Virtud inmaculada, sublime sencillez;
Y acaso cuando sola te miras al espejo
Sonries, ignorando que es ella la que ves.

IV

¡Quince años! va á cambiarse la escena de tu vida,
Absorta te detienes al borde de otro mar:
Suavisima, olorosa la brisa te convida
Y ves por blandas ondas tu barca acariciar.
El cielo esparce luces, la tierra brota flores,
Los ángeles te prestan su aroma celestial:
Con himnos de ternura te arrullan los amores
Y agítase de dicha tu seno virginal.

V

¡No es cierto que es muy bella la vida á los quince años?
El alma á todo presta su espléndido color:
Do quier el mundo ofrece bellísimos engaños,

Doquier se ven brotando las rosas del amor.

¡Oh, dejalas que broten y escoje las más bellas,
Sin arrancar las hojas del pristino boton;
Haz ramos y guirnalda y adórnate con ellas,
Y entona con las aves del alma la canción!

VI

¡Quince años! En el alma se siente un vago anhelo,
Extraña y dulce mezcla de gozo y de ansiedad;
Y es que el amor ya viene bajando desde el cielo
Y poco á poco llena de luz su oscuridad.
Entónces en los ojos se aviva la mirada,
El corazón empieza más fuerte á palpar,
El alma con otra alma se ve trasfigurada
Y vienen gratos sueños la mente á acariciar.

VII

¡Cuidado, pues, oh niña! risueños los galanes
Mendigan ya el aroma de tu alma virginal,
Y en torno tuyo vuelan astutos gavilanes
Cual vuelan las abejas en torno del panal.
Tan solo si hay entre ellos un alma rica y pura,
Que sepa comprenderte, que te ame con pasión,
Que en tu alma deposite tesoros de ternura,
Entregale á ella sola tu virgen corazón.

LUIS RODRIGUEZ VELASCO.

REVISTA DE MADRID

Hay críticos que detestan á Lord Byron porque en algunas de sus obras usaba frecuentemente digresiones y paréntesis, que ellos consideran como redundancias, como superfluidades poco menos que monstruosas; pretendiendo con esto reducir á fórmulas precisas, matemáticas, inflexibles, la bella literatura, que por su naturaleza es diametralmente opuesta á las ciencias exactas. Al proceder así están en su derecho y en su terreno.

Yo confieso que en este punto soy pecador incorregible: Precisamente uno de los principales títulos de Byron á la inmortalidad es, á mi juicio, el defecto que aquellos le echan en cara; y por más que amontoen citas, notas y comentarios, no probarían que el eminente poeta inglés, merece, en vez de la aureola de gloria que le circunda, la corona de espinas ó de puerros que más de cuatro dómines quisieran regalarle.

Tales ó parecidas reflexiones iba yo haciendo la noche de la vispera de San Juan al recorrer el trayecto del Prado comprendido desde la entrada de los jardines del Buen Retiro hasta el Museo.

Digo que en la dicha noche pensaba en los admirables paréntesis de Byron. ¿Sabéis por qué? Porque era la vispera de San Juan, y dicho se está, que era un alegre paréntesis en la dolorosa vida del pueblo. Quitad al pueblo las verbenas y demás diversiones análogas, y podeis cantarle un *Requiem eternam*.

¡Benditas sean las verbenas!

Estas nocturnas romerías, son según unos historiadores, de origen pagano; otros aseguran que no se conocieron hasta los primeros siglos de nuestra era; pero lo indudable es que son restos de costumbres antiquísimas que no ha podido borrar completamente la mano del tiempo, y que conservan, con algunas modificaciones de forma, su carácter primitivo. Por lo demás, con la palabra *verbena* se distingue una planta común, á que en otra época se atribuían propiedades maravillosas, en la curación de muchas dolencias.

Dióse el nombre de *verbenas* á tales fiestas, por la antiquísima costumbre de que salían al campo á celebrarlas, lo primero de que se ocupaban era de coger ramos de la planta así llamada, á la que se atribuía, por universal tradición, virtudes medicinales y aún mágicas muy sobresalientes, tanto que los médicos de la Edad Media la elevaron á la categoría de hierba maravillosa ó curalo todo, y los alquimistas y adivinos la empleaban como el primer elemento en sus encantos y filtros.

Los druidas veneraban la verbena casi tanto como al misterioso y simbólico muérdago y la cogían, previas solemnnes ceremonias, purificaciones y sacrificios expiatorios, y sólo durante la noche. Nunca faltaba esta planta en la vivienda de los celtas, que la concedían la propiedad de curar fiebres, excitar la alegría y aunar voluntades. A las ceremonias de su culto asistía siempre un heraldo que llevaba un ramo de verbena en la mano.

Los romanos la usaban para las aspersiones lustrales y para purificar el ara de Júpiter cuando hacían sacrificios. Los parlamentarios que se enviaban al campo enemigo traían por bandera una rama de verbena.

Aparte de estos detalles, el origen genuino de las verbenas debe buscarse en la secular fiesta del fuego, con que casi todos los pueblos antiguos solemnizaban el solsticio de verano, en honor del sol que en esta estación vivifica y hace resucitar y germinar la naturaleza entera.

No es ni ha sido ciertamente en ninguna parte tan sublime é inefable, como en aquel'a época en que los hijos de Braham y los discípulos de Budha la decoraron con el simbólico nombre de *Fiesta del fuego*, tal vez para dedicar á los esplendores solares que excitaban su devota reverencia hasta la delicada alusión de un misterioso culto en el génesis gramatical del bautismo. Pero la íntima esencia de los sublimes festejos con que se bendecía entonces la alegría de la naturaleza fecundada por el ardiente beso del astro munífico, se ha conservado inalterable á través del tiempo y de la distancia, como si envolviese en medio de sus caprichosas revelaciones algo digno de arraigar en la conciencia de los hombres.

Inmensa procesión de gentes, organizadas y guiadas por la casta sacerdotal, se dirigía al espirar la noche del 23 de Junio y despuntar la alborada del 24, atronando los aires con el himno de su fe y el concierto de musicales acordes, al lugar de la ceremonia, que eran los bosques sagrados en donde se elevaba el altar de los sacrificios cruentos, y se respiraba el aliento de las divinidades augustas. Después de inmolarse allí al agreste Dios de sus sombrías creencias, víctimas inocentes en señal de vasallaje y de rendirle ofrendas bendecidas en acción de gracias, balbuceábanse peculiares oraciones antes de cortar con la sagrada hoz la mística verbena, que había de guardar las almas y los hogares contra el maléfico influjo del triste genio del mal, terminando las danzas y liberalidades el santo rito del día.

Bajo el aspecto de encantador simbolismo, la fiesta del fuego se ha ido propagando de pueblo en pueblo. Casi todos los del Indostan la conservan todavía, y va precedida de algunos días de ayuno y penitencia: enciéndese en medio del campo una inmensa hoguera y danzan y cruzan á través de ella los devotos penitentes: las cenizas se recogen como una reliquia para ahuyentar los malos espíritus y las adversidades. Las hogueras se forman con piras de maderas y plantas aromáticas.

Sacrificios, hogueras, danzas y luminarias constituían las fiestas del fuego entre los griegos, que las denominaron *Lafries*, de Diana *Lafria*, á quien estaban consagradas, á una de cuyas vírgenes sacerdotisas presidía las ceremonias.

Entre los romanos tenía carácter análogo la fiesta de los campesinos, que era animadísima y muy popular, en honor de Palas, protectora de la agricultura: se verificaba á fines de Junio, y durante ella purificaba sus bestias y ganados y daban rienda á la expansión.

China, Egipto, el Japon, los israelitas, los persas y otros pueblos antiguos, tuvieron fiestas semejantes, cuyas reminiscencias todavía subsisten en algunos.

..

De esta tradición nació entre cristianos la costumbre de celebrar de modo excepcional la fiesta de San Juan, convirtiendo así la antigua fiesta pagana en una conmemoración de la luz y del nuevo sol de justicia que el Precursor vino á anunciar á los hombres, al par que como un homenaje al Ser Supremo, creador y fecundador de la naturaleza, introduciéndose desde luego la costumbre de coger ese día la verbena, cuya mágica fama continuó reinando por doquier, como hemos dicho.

La verbena de San Juan, ó del fuego de San Juan, como también se la apellidó, se hizo popular en la Edad Media en toda Europa, llegando á su apogeo durante los siglos XIII, XIV y XV en Italia, Alemania, Francia y España.

A principios del siglo XV se celebraban en París, en la plaza de Greve, á donde acudían el clero, el preboste de la ciudad, los escabinos y la muchedumbre para encender la hoguera simbólica en medio de cánticos y ceremonias, en las que muchas veces tomaron parte los mismos reyes. En el centro de la hoguera colocaban insaculados gran número de gatos viejos, que perecían entre las llamas para diversión del pue-

blo y como en castigo, pues la superstición afirmaba que los pobres animales asistían al aquelarre de las brujas y eran como los ayudantes de estas. En toda Francia subsistió esa bárbara costumbre hasta bien entrado el siglo XVIII.

En Inglaterra y Alemania enramaban con plantas y flores las casas y calles, y encendían luminarias generales la noche de la víspera de San Juan.

Por lo que se refiere a Madrid, tenía ya su verbena de San Juan en el siglo XI, y cristianos y moros bajaban mezclados a divertirse en las praderas del Manzanares, con gran algazara y regocijo. Entre los moros españoles era veneradísima la fiesta de San Juan, que celebraban corriendo toros y cañas, en danzas y otros esparcimientos, sobre todo, en Andalucía. Sus mujeres tenían ese día gran expansión, y salían a los verjeles y vegas a cojer flores y plantas aromáticas que luego conservaban celosamente como un preservativo, según de antiguos romances moriscos y crónicas se desprende.

Por el siglo XV el pueblo madrileño iba a festejar la verbena a los alrededores de una ermita del Precursor, que existía en la vega del humilde Manzanares cerca del camino de Vallecas. En el siglo XVII la gente alegre prefería para los esparcimientos de esa verbena el soto de Migas-Calientes; y finalmente se trasladó al Prado de San Fermín, donde aún hoy continúa celebrándose simultáneamente con la Plaza Mayor, que se convierte ese día en ferrial de la verbena, flores, plantas, macetas, juguetes y golosinas propias del caso.

Los reyes han concurrido cien veces a la verbena de San Juan, mezclándose con su corte en la romería, ó bien celebrándola por separado en el Buen Retiro ó en el palacio de algún magnate de alcurnia.

Felipe IV asistió el año 1631 a una espléndida función que, con motivo de la verbena, había dispuesto en su honor el Conde-Duque de Olivares, su privado. La fiesta tuvo lugar en ciertos magníficos jardines que por entonces había en la parte que después se comprendía entre los palacios de Villahermosa y Alcañices, junto al Prado, donde a la sazón residían el duque de Maqueda y D. Luis Mendez Carrion.

Hubo primero colación y después espléndido festín. En el intermedio dióse una representación teatral, compuesta de una comedia del festivo Quevedo y otra titulada *La noche de San Juan*, del gran Lope de Vega, que complacieron grandemente al Rey, a su familia y a toda la corte que les acompañaba.

Hoy la verbena del Prado de San Fermín, que tan galanamente han descrito poetas y narradores, y a la que han dado vida en la escena aplaudidos autores, entre otros el inolvidable Ventura de la Vega en su zarzuela *Jugar con fuego*, no reviste ya aquella expansiva animación y aquella alegría desbordada de otros tiempos, ni da lugar a aquellos lances amorosos, ni cuenta con las esquivas tapadas que tan pintoresco aspecto y tan singular renombre dieran a la velada de San Juan. Los tipos y las costumbres han cambiado entre el voltear de los tiempos y las diversas tendencias de las generaciones contemporáneas.

Las verbenas de San Antonio, de San Pedro, de la Virgen del Carmen, de Santiago y otras, que tanto en Madrid como en otras comarcas y poblaciones de España se celebran durante el estío, son de origen muy posterior a la de San Juan, y se han ido introduciendo como una imitación de esta.

Cuanto a las antiguas preocupaciones relativas a la verbena y a otras plantas a las que se atribuían virtudes sobrenaturales, y a las que se han mezclado supersticiones sin cuento, que nadie desconoce, pocos son ya los que les dan crédito, aun entre las mismas mujeres y las masas del vulgo, dicho sea para satisfacción de los hombres reflexivos.

El pueblo trabajador de Madrid cual cadáver instantáneamente galvanizado, se levanta y corre a la verbena de San Juan, sin acordarse de sus penurias ni dolores.

Y nosotros que queremos participar de la verbena le seguimos, confundiéndonos con las oleadas de gente que por la Carrera de San Jerónimo y calles de Alcalá y del Prado, que son las principales avenidas, desembocan en el Prado, teatro donde se celebra la función que describimos.

La verbena de San Juan ha estado este año regularmente concurrida, si bien dando a conocer como en los anteriores, la decadencia cada vez más visible de estas nocturnas romerías. El salón del Prado, que es el punto central de la reunión, la proximidad de

los Jardines del Buen Retiro, el teatro de Felipe y el Circo-Hipódromo y la época del año en que se celebra la verbena, hacen que se pase bien la noche; si a esto se agrega el encanto que a la vista ofrecen las plantas y flores que en infinidad de ramos y de macetas allí se exponen, y el de aquellas otras flores humanas que, para eclipsar a las de los jardines, pasean de un lado a otro, fácilmente se comprenderá que si la decadencia es indudable, la desaparición de las verbenas, atendidas algunas de las circunstancias que las acompañan, no es tan inminente.

La principal causa del poco aliciente que ofrecen las verbenas actuales, consiste a nuestro entender, en que como todas las tardes y todas las noches son días de fiesta en Madrid, no es posible que las verbenas ofrezcan a la multitud las distracciones y la alegría que en otros tiempos, en que solamente en esos días se tiraba la casa por la ventana, y cada prójimo gastaba y triunfaba, regocijando el cuerpo y el alma.

Desde que el currutaco y el lechuguino se convirtieron en pollos y sietemesinos, las verbenas poco a poco han ido perdiendo su animación. El lechuguino, lo mismo que el currutaco, era el joven galanteador, presumido y calavera, hablaba siempre de muchachas, de pantalones, de fraques y demás prendas de vestir a la *dernière*, y nunca de política.

El pollo sietemesino, no sólo habla de política, sino de otras mil cosas que no entiende; tiene pretensiones de excéptico, es egoísta; si enamora, lo primero que averigua es la dote que tiene la mujer que pretende; si le desairan calumnia; sabe dirigir un coche, tira al fiorete y monta a caballo; pero en cambio es osado, pedante y necio; juega, no por vicio sino por ganar: en fin, es heredero del currutaco y del lechuguino, en todo lo malo que aquellos poseían, sin tener ni su gracia, ni su valor, ni su chispa.

Los jóvenes de talento, pasan de niños a hombres insensiblemente; para ellos no hay edad de calaveras, ni son pollos; se divierten como los hombres y hasta se enamoran con reflexión. Estas y otras causas, que han influido en la variación de nuestras costumbres, han influido seguramente en la decadencia de las verbenas, a donde acude la muchedumbre a cenar y a beber, y de vez en cuando, a darse de estacazos ó de puñaladas, porque esta maldita costumbre es la que está desgraciadamente más arraigada en la sociedad a pesar de los agentes de orden público, de la guardia civil, del presidio y del verdugo.

¡Noches de verbena! exclamábamos, y sin querer, la imaginación nos trasladó a aquellos tiempos en que la juventud las esperaba con alegría, las madres con zozobra, y la aristocracia y el pueblo con regocijo; a aquellos tiempos de fanatismo y de superstición, en que las doncellas, la víspera de San Juan, esperaban tras de las celosías con los pies zambullidos en un lebrillo lleno de agua, que acertase a pasar por debajo de sus ventanas el enamorado galán; a aquellos tiempos, en que el Prado de San Fermín se poblaba de damas seguidas de dueñas y rodrigones, de damas que por el recatado manto dejaban ver sus ojos rasgados, labios ardientes, y que con sus miradas y sus sonrisas sacaban de quicio a los galanes y caballeros, que bajo el ladeado chambergo lucían empinados bigotes y rizadas gorgueras; de aquellos caballeros que con la mano izquierda en el pomo de la espada, y la derecha en el embozo de la capa, buscaban aventuras en las verbenas, tres ó cuatro veces al año, aventuras que nosotros, hombres de levita, encontramos a todas horas en las calles de Madrid, en los paseos y en los teatros, con más facilidad y con menos escándalo.

¡Dichosos tiempos, en verdad, (aunque no los envidiamos) aquellos, en que dos caballeros que cortejaban a una misma dama, ciegos de ira y de celos, abandonaban la verbena, y a la luz del farolillo de un retablo, frente a frente del Redentor crucificado, desenvainaban las espadas y no paraban la faena hasta que uno de los dos caía arrojando un río de sangre por la desgarrada cruz de Santiago, Calatrava, Alcántara ó Montesa, que llevaba cosida sobre la ropilla cubriendo el corazón!

Nosotros hombres que, si no calzamos espuelas, calzamos botas, cuando una mujer nos engaña, en vez de rompernos la cabeza disputándonos la manzana de la discordia, nos contentamos con llamarla coqueta ó alguna cosa más fuerte, nos calamamos el sombrero y a otra, que mujeres hay de sobra en el mundo en los jardines del Buen Retiro ó en el psraiso del teatro Real.

**

Comenzaron la superstición y la ignorancia escribiendo la historia del fin del mundo y la continuó el espíritu bullanguero de la holganza improvisando verbenas en las Vistillas.

Grupos de gentes sentadas en el suelo y mirando al cielo, esperando ver allá arriba extraordinarias visiones, mientras escuchan acá abajo el rumor del baile y el rasguear de las guitarras, ¿No es esta una perfecta y acabada alegoría de un pueblo que no progresa y que se cuida más de pensar en lo sorprendente y extraordinario que nunca llega, que en lo positivo y práctico que tiene que tocar todos los días?

Bien se prestan a la broma y a la chacota los grupos de las Vistillas, pero nosotros confesamos sinceramente que no los hemos visto sin profunda pena. Allí estaban mezclados y confundidos los que fundan sus esperanzas en el décimo de lotería que compran con rara constancia, esperando la fortuna de un sólo golpe, allí los que recelan del médico, que creen que les va a dar polvos terribles y se entregan llenos de fe al curandero, que pronuncia misteriosas palabras que convierten en bálsamo prodigioso el agua, y allí, en fin, los que cuando se presenta una Doña Baldomera ofreciendo fabulosas ganancias, se apresuran a entregarla su dinero con la piadosa intención de ser cómplices en la estafa.

—¡Aquí están los que me sostienen! podían decir los individuos de la numerosa clase de los timadores. Los tontos.

—Aquí están los que constituyen la base más sólida de mi poder, podían añadir los malos gobernantes, que tanto abundan. Los ignorantes.

Y no había en los grupos sólo gente del pueblo; los carruajes se detenían a la entrada del viaducto, y damas aristocráticas, cuyos nombres han citado los periódicos, iban a contemplar aquel espectáculo. Claro es que ellas no creían en las visiones celestes. Pero, ¿con el solo hecho de ir allí, no daban, en un país que tanto se preocupa de lo que hacen las clases elevadas, cierta autoridad a las patrañas?

Uno de los argumentos que aducían los propaladores de las espeluznantes profecías en las plazuelas era, precisamente, el concurso que daba la gente aristocrática a los grupos de las Vistillas.

—¡Ya ve V. si será cierto que va a pasar algo en el cielo, que va gente de coche a verlo!

¡Gente de coche! Es decir, personas ilustradas, clases cultas, no los que tienen nada que ver con la ignorancia.

Y al decir que las damas aristocráticas que iban allí no creían en las visiones, no estamos quizá en lo cierto. ¿No hay en Madrid varias *echadoras de cartas ó adivinas* que tienen numerosa y distinguida clientela? La sonámbula de Chamberí, la Mad. Leonard de la calle Ancha y otras ganan muy buenos cuartos, que no los dan ciertamente los pobres. Pues bien; de creer que se puede leer en el porvenir y adivinar los más recónditos secretos leyendo como en un libro en la palma de la mano ó en la baraja extendida con misteriosas combinaciones sobre una mesa, a creer que San Pedro sale a pasearse por la atmósfera con zapatillas y gorro de casa, seguido de cohortes celestiales, no hay gran diferencia que digamos.

Ha habido en Madrid hasta hace poco una vieja mugrosa y harapienta que era introducida con misterio en los más elegantes gabinetes y allí *echaba las cartas*, haciendo especialmente los martes y los viernes, que eran los días predilectos, lo que llamaba el gran juego. Al morir, ha dejado a sus nietos una fortuna, amasada por la credulidad y la ignorancia de personas de muy elevada categoría social.

Cuando llegó el año mil, cuenta la historia que creyó el vulgo que se iba a acabar el mundo, y en la descripción de las patrañas que puede leerse en la obra de Cesar Cantú y en la historia de nuestro Don Modesto Lafuente, se encuentra mucho parecido a lo que hoy circula por los corrillos de las plazuelas.

En nuestro tiempo, cuando ocurrió hace años un eclipse de más duración que los ordinarios, hubo infinidad de personas que creyó que el día del fenómeno astronómico habían de morir el más viejo y el más joven de cada casa.

No hace muchos años todavía, en el período de la revolución de Setiembre, un gobernador de provincia le daba cuenta, alarmadísimo, al señor ministro de la Gobernación, que lo era el eminente hombre público Sr. Rivero, de que se había presentado en el cielo un fuego intensísimo y le pedía instrucciones.

—Ese fuego que V. S. ve, le contestó en telegrama oficial el ministro, se llama aurora boreal y se pre-

senta veinticuatro horas antes de que los gobernadores hagan dimisión.

La creencia de que la aparición de cometas, *estréllas con rabo*, va unida á grandes catástrofes terrestres, siendo anuncio seguro de guerras y de pestes, está tan arraigada en muchas gentes, como la de que la sal derramada sobre un mantel ó la rotura de un espejo precede á grandes trastornos en las familias.

En martes, ni te cases ni te embarques, dice un refrán, y abundan los que por nada contraerían el santo lazo ni emprenderían un viaje el día nefasto.

No es escaso el número de los que se quedarían sin comer antes que sentarse á una mesa en que el número total de comensales fuese trece.

Ver en ayunas un tuerto, es para muchos señal evidente de próxima desgracia. Los libritos explicando los sueños se venden más de lo que podía esperarse la cultura en los pueblos de la raza latina; los italianos, y en especial los napolitanos, son muy aficionados á llevar el cuernecito de coral, talisman contra la *geltatura* que en España se llama *mal de ojo*.

Mentar el bicho, esto es, la *culebra* entre la gente flamenca, es tenido en gran horror: muchos franceses consideran el viernes tan nefasto como los supersticiosos españoles el martes.

El anuncio del *fin del mundo* ha dado lugar á muchos incidentes curiosos.

—¡Se acaba el mundo! ¡Qué placer! decía un marido al que todos los años por esta época causa muchos disgustos el mundo que su mujer lleva á los viajes.

—¡Chica, qué maja vienes! le decían á una chula en la plazuela. ¿El mantón de Manila y el pañuelo de seda nuevos? ¿Vas de boda?

—No, es que quiero que me coja *la fin del mundo* bien vestida.

—Pero hombre ¿á donde vas con el único colchón que nos queda? gritaba una mujer á su marido.

—A empeñarlo para ir á la corrida de Ben ficencia. ¿No sabes que el jueves se acaba el mundo?

—¡En cuanto cobre el jornal esta semana, lo gasto en vino! decía un filósofo que no ha leído á Hegel; es preciso que *eso* me coja alumbrado.

Se han abierto los jardines del Buen Retiro, ó lo que es lo mismo, Madrid ha ensanchado su pulmón para soportar el verano.

Pero el verano no quiso concurrir á la fiesta inaugural.

Los jardines del Buen Retiro son el centro de recreo preferido de los madrileños durante las calurosas noches del verano.

Hay que hacer justicia al simpático empresario, Sr. Ducazal. Por una sola peseta ofrece como espectáculo una ópera, varias piezas de concierto, asiento, paseo, fresco y fragancia, que es todo cuanto se puede apetecer para pasar agradablemente la velada en las noches de estío.

¡Oh jardines del Buen Retiro! pulmón de la corte, eden de la villa, solar de propios, y admiración de extraños, encanto y regocijo de tantas generaciones como han sucedido á las de aquellos venturosos tiempos de los Felipes que comenzaron á dar al traste con nuestra sin igual ventura.

Célebres os habian hecho los despilfarros de Olivares á cuyo caudal hicistéis tan buen servicio como puede prestar una subasta bien preparada ó una contrata bien entendida. Memorable hicieron vuestro nombre las suntuosidades del IV de los Felipes, que tan donosamente solía gastar los cuartos, y que lo

mismo organizaba bailes y componía cuartetos, que galanteaba damas y perdía reinos.

Las liras de Calderón y Lope, de Alarcón y de Moreto, vibraron en vuestro obsequio y prestasteis asunto á los punzantes epigramas de Villamediana y á las profundas sátiras de Quevedo.

Pero ni los magnates que os embellecieron, ni los poetas que os cantaron, ni los ingenios que discurrieron por vuestras frondosas alamedas de enarenado suelo, por el que arrastraron el rico brocado ó el flamante raso de sus amplios guarda infantes las más que alegres y divertidas damas de aquellos cristianos tiempos de tapadas y embozados, de intrigas y cuchilladas; ni las aventuras que fuistéis teatro, ni vuestra natural hermosura, ni vuestras poéticas tradiciones, ni siquiera el ciprés regado con el amargo llanto de infortunada reina, ni el proceloso estanque con más agua que el Manzanares, ni nada, en fin, de cuanto cuenta nuestra historia y vuestro recinto encierra, ha llegado á daros la fama que habéis adquirido en nuestra época con las veladas compuestas de ópera y concierto convenientemente alumbradas con luz eléctrica.

Así como la temporada oficial de invierno no comienza hasta que abre sus puertas el teatro Real, el verano no comienza para los madrileños hasta que pueden pasear por las alamedas del antiguo parque de San Juan.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN.

MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ULPIANO GÓMEZ Y PÉREZ
Calle de la Cabeza, 36, bajo.

ANUNCIOS

BIBLIOTECA ARTÍSTICA

OBRAS PUBLICADAS

Curso completo de declamación, ó enciclopedia de los conocimientos que necesitan adquirir los que se dedican al arte escénico, por D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un tomo en 4.º de 450 páginas.—Precio 7 pesetas.

Obra premiada con medalla de 1.º clase en la Exposición Literario-artística de 1885.

Músicos, poetas y actores: colección de estudios crítico-biográficos de los músicos Salinas, Morales, Victoria, Eslava, Ledesma y Masarnau; de los poetas García Gutiérrez, Hartzenbuch y Ayala; de los actores Máiquez, Latorre y Romea, por D. Carlos Guaza y Gómez Talavera y D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un tomo en 4.º de 286 páginas.—Precio 5 pesetas.

Obra premiada con medalla de plata en la Exposición Literario-artística de 1885.

Isaac Albeniz: estudio crítico-biográfico de tan reputado pianista, por D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un folleto en 8.º—Precio 50 céntimos.

Estas obras se hallan de venta en las oficinas de la BIBLIOTECA ARTÍSTICA, Paseo del Prado, núm. 20, 3.º, derecha.

OBRAS EN PREPARACIÓN

Indumentaria Teatral. | Estética de la Música.

Galería de Actores Españoles.

DICCIONARIO

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO DE EXTREMEÑOS ILUSTRES

POR DON NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá á luz por cuadernos de 40 páginas en folio español á dos columnas, buen papel y esmerada impresión. Irá ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina solo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupción en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 á 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores. Sres. Pérez y Boix, Madrid, Manzana, 21 y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta de Sol 6 y Carreras 39; D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo 2, Marillo, A. calá y D. Leocadio López, Carmen 13.

EL PROGRESO EN 1886

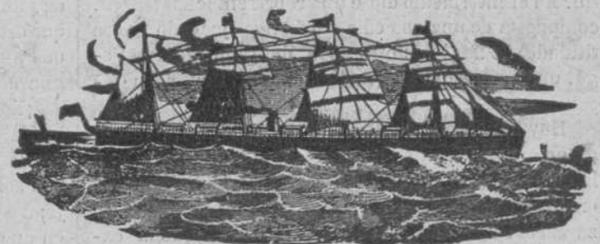
SEXTO AÑO DE SU PUBLICACION

La importancia adquirida por EL PROGRESO, que á los seis años de existir figura entre los tres ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, á la cabeza de los de gran tomaho, le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera le ha favorecido.

Por esta razón todo sacrificio para corresponder á los favorecedores que nos dispensan nos parecen insuficiente y nuestros esfuerzos irán encaminados á consolidar la predilección con que nos distinguen.

LA REFORMA AGRÍCOLA

Periódico quincenal de intereses materiales.
Se regala á los suscritores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscritores directos como son: la adquisición á plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas é instrumentos agrícolas, plantas, semillas sementales, obras notables de agricultura y la contestación gratuita á las consultas que se dirijan á las Oficinas facultativas de *La Reforma Agrícola*, Serrano, 48, principal.—Madrid.



SERVICIOS DE LA

COMPANÍA TRASATLANTICA DE BARCELONA

VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA con escala y extensión á las Palmas, Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacífico.

Salidas trimestrales

De Barcelona, el 5; Málaga, el 7 y Cádiz el 10 de cada mes para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.

Santander el 20, y Coruña el 1, para Puerto-Rico y Habana. Barcelona, el 25; Málaga el 27, y Cádiz el 30, para Puerto Rico, con extensión á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevititas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacífico, hacia Norte y Sud del Istmo.

El 10, de Cádiz, el vapor *Antonio López*.

El 20, de Santander. *Habana*.

El 30, de Cádiz, *Cataluña*.

VAPORES-CORREOS A MANILA

con escalas en

Port-Said, Aden y Singapur, y servicio á Ilo-Ilo y Cebu

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo 18; Cádiz 23; Cartagena, 25 Valencia, 26, y Barcelona 1.º, fijamente de cada mes.

El vapor *Isla de Mindanao* saldrá de Barcelona el 1.º de Julio próximo.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía dá alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales, para emigrantes de clase artesana y jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes en

Barcelona: *La Compañía Trasatlántica*; y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: Delegación de *La Compañía Trasatlántica*.—Madrid: D. Julián Moreno, Alcalá.—Liverpool: Sres. Larinaga y Compañía.—Santander: Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. de Guardia.—Vigo: D. R. Carreras Irigorri.—Cartagena: Bosch hermanos.—Valencia: Dart y Compañía.—Málaga: Sr. Administrador general de la *Compañía general de Tabacos*.